
VIAJE HACIA LA
MUERTE
por el PROFESOR HASLEY.
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

Profesor HASLEY

VIAJE HACIA LA MUERTE

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

Dep. legal V. 236 - 1961
printed in spain
EDITORIAL VALENCIANA - VALENCIA
Num. Rgtro.: 452 - 1961



CAPÍTULO I

El año mil novecientos ochenta había traído para Bert Sterling una serie de importantes acontecimientos.

Su labor como escritor había sido reconocida por todos los públicos del mundo y, actualmente, era el autor de moda.

La rara habilidad que tenía para anticiparse a los acontecimientos, haciendo desfilar ante los ojos de sus millones de lectores lo qué habría de ser el mundo del futuro le había granjeado la simpatía del público y en poco tiempo había amasado una considerable fortuna.

Su última novela “Una isla en el espacio” era el “best seller” del año, y el público esperaba ansiosamente la salida de la segunda parte, donde daría fin y culminación a las emocionantes y fantásticas aventuras desarrolladas en la citada obra.

Bert poseía una magnífica residencia en uno de los barrios más elegantes de Nueva York, pero este domicilio era conocido por los periodistas y le era imposible trabajar en él bajo el asedio constante de los mismos.

Su refugio de Dover Street era como un apacible remanso de su popularidad y allí se dedicaba intensamente a su trabajo.

Lisabet Worter, una preciosa criatura de veinticuatro años, era su secretaria y confidente.

Aquella tarde, como tantas otras, trabajaban en la próxima novela. Bert

dictaba y Lisabet tecleaba con sus flacos y bonitos dedos sobre el breve teclado de una máquina eléctrica de taquigrafía.

La joven se detenía de vez en cuando mientras Bert pensaba la continuación del relato. Aquellos momentos eran aprovechados por Lisabet para mirar de soslayo al hombre que estaba sentado en una confortable butaca.

Para quien fuera un poco observador, no habría duda de que en aquella furtiva mirada pretendía disimularse una extraña mezcla de admiración y amor.

Pero Bert, excesivamente sumido en sus meditaciones, era incapaz de percatarse de aquello y el trato hacia la hermosa muchacha era de simple y franca camaradería.

Lisabet miró su reloj de pulsera y tomó la palabra, rompiendo aquel silencio.

-Son las siete, Bert. ¿No querías que te avisase cuando llegara esa hora?

-¡Ah, sí, las siete! -exclamó-. ¡Se me había olvidado por completo el asunto de Dick!

-¿Dejamos el trabajo por hoy?

-Sí. Quiero ir a ver a Dick.

-¿No se sabe nada nuevo?

-Nada. Es un caso bien extraño el de su padre. Toda la policía está movilizada en su busca, pero no hay el menor rastro de su paso por ningún sitio.

La luz del sol se filtraba tenuemente a través de aquel frente nuboso y matizaba las calles y los edificios con un tinte de melancolía, dando a la calzada un aspecto de plomo y acero mezclados.

Bert amaba aquellos días porque suponían un cierto recogimiento de las fuerzas de la ciudad y de los hombres, presentando todas las cosas bajo un aspecto más sincero y real.

-El editor me ha pedido el título de la próxima novela -dijo Lisabet-, para ir componiendo la portada y hacer el lanzamiento publicitario. ¿Has pensado ya en ello?

-Sí -respondió Bert, dando la cara a la muchacha-. Se titulará: "La destrucción de la Isla del Espacio."

-¿Entonces reanudaremos el trabajo mañana?

-Según a lo que tú llames reanudar el trabajo -contestó Bert-. El capítulo siguiente de la nueva novela lo haremos mañana, pero tú y yo hemos de vernos de nuevo.

-¿Para qué?

-Para cenar juntos. ¿Es que no es una obligación de la perfecta secretaria cenar con su jefe?

Aquellas palabras halagaron a la mujer, pero tuvo que declinar el

ofrecimiento.

-Lo siento, pero esta noche tengo compromiso. Además, debes hacer compañía un buen rato a Dick. ¡El pobre está muy preocupado!

-Pase lo de Dick -repuso Bert-; pero... ¿Qué compromiso es ése del que me hablas?

El tono en que habían sido pronunciadas aquellas palabras hizo sonreír a la muchacha.

-¿Es que no puedo tener otro compromiso? -dijo.

Bert quedó un tanto cortado por la respuesta.

-Sí... verdaderamente... es natural, claro... ¿Por qué no ibas a poder tener otro compromiso?

Lisabet podía haber aclarado que se había comprometido con su hermano, joven ingeniero que gozaba de unos días de vacaciones, pero prefirió no hacer alusión a ello.

-¿Piensas que reanudemos el trabajo mañana por la mañana? -preguntó.

-Te llamaré por teléfono -respondió Bert-. Si no lo hago antes de las diez es que no continuaremos hasta la tarde.

-De acuerdo.

-Si quieres, puedo dejarte en casa.

-No te molestes, Bert. Tengo abajo mi automóvil.

-Como tú quieras.

Lisabet recogió sus cosas y dirigió un alegre adiós a su amigo.

-Hasta mañana, Bert.

-Hasta mañana -respondió el hombre.

Cuando se quedó solo permaneció inmóvil durante unos minutos. Sin saber por qué, le molestaba que Lisabet hubiera preferido a su otro compromiso a cenar en su compañía. La muchacha se ceñía tan maravillosamente a sus pretensiones que aquella muestra de independencia lo había desconcertado.

* * *

Dick Tinker vivía en una espléndida residencia de las afueras, donde él y su padre encontraban refugio para sus actividades científicas.

El profesor Dane Tinker era una eminencia de fama mundial en el mundo de la físico-química, y Dick había recibido su doctorado tres años antes, colaborando en las tareas de investigación de su progenitor.

Dick atravesaba en la actualidad por un mal momento. Su padre había desaparecido y no se tenía la menor noticia del mismo.

La entrañable amistad que los unía obligaba a nuestro amigo a procurar consolar a Dick en las actuales circunstancias.

Absorto en estos pensamientos conducía el automóvil silencioso, de una manera automática.

Si no hubiese tenido aquella facilidad de abstracción que le permitía aislarse de cuanto le rodeaba, hubiera podido ver que dos individuos, que esperaban a la puerta de su casa, se pusieron en movimiento apenas le vieron aparecer sobre el dintel de la misma.

Primero dejaron que arrancara el coche de nuestro amigo, luego subieron al que los esperaba en la otra acera y se pusieron a seguirle, procurando disimular su intención.

Cerca de una hora costó a Bert atravesar la ciudad entre el intenso tráfico de sus calles y la noche se le vino encima.

Un largo y sordo trueno precedió inmediatamente a una fina lluvia en la que comenzaba a deshacerse el techo nuboso de la ciudad.

-¡Diablo de tiempo! -comentó Bert en voz alta.

Por fin enfiló la carretera que le conduciría hasta el lugar donde se asentaba la casa de su amigo.

Apretó el acelerador y el coche salió disparado a gran velocidad. Si no tenía ningún contratiempo, podría hacer las doce millas que le separaban de casa de su amigo en muy pocos minutos.

El coche que le iba a la zaga aceleró también, procurando mantener la distancia.

Bert aminoró la marcha para dejarse pasar por el otro vehículo, pues consideraba una imprudencia temeraria ir a aquella velocidad cuando le seguía otro coche tan de cerca.

Su sorpresa fue grande cuando vio que el automóvil que le seguía disminuía también su marcha.

Aceleró de nuevo y el coche seguidor hizo lo mismo.

-Seguro que se trata de alguien que me ha reconocido y espera la ocasión para ponerme delante de las narices su libretita de autógrafos -pensó Bert.

Un tanto enfurecido por esta idea pisó el acelerador a fondo y el coche saltó con violencia hacia adelante.

Unos segundos más tarde escuchaba una voz por el altavoz del equipo obligatorio de radio.

-Aquí Torre de Control del Servicio de Carreteras. Aquí Torre de Control del Servicio de Carreteras.

-Ha rebasado usted la velocidad límite, según nos lo indica nuestro detector de radar. Disminúyala en treinta millas por hora.

-Está bien, Control -contestó Bert malhumorado.

-¿Es que tiene usted interés en romperse la cabeza cuanto antes? -preguntó con voz sarcástica el agente que comunicaba con nuestro amigo.

-Pido que me disculpe, agente -respondió Bert-, pero es que estaba intentando despegarme de unos pelmazos que me siguen.

-¿Dice usted que le siguen?

-Así es. Se trata de un automóvil que adapta su marcha a la mía.

-Es raro -se oyó de nuevo por el altavoz-. Por su voz me atrevería a decir que no es usted una muchacha joven y bonita, a la que uno pueda sentirse impulsado a seguir.

-Puede estar seguro, agente, que no soy ninguna muchacha... A menos que mis padres me hayan engañado durante toda la vida.

-Espero que no sea así -sonrió el agente-. Reduzca la velocidad o me veré precisado a enviarle un par de motoristas para que le saquen de dudas, mediante la justa aplicación de una buena multa.

Bert disminuyó la marcha y continuó su camino.

El coche que le seguía hizo lo mismo. También debió ser advertido por el Servicio de Carreteras, pero Bert no pudo enterarse por la diferencia de onda que se empleaba en razón de la distancia que separaba a los dos vehículos.

Fue unos minutos más tarde cuando comprendió que las intenciones de los que le seguían no eran tan inocentes como creyera en un principio.

El coche que le iba a la zaga aceleró y no tardó en estar a la altura del de nuestro amigo, avanzó unos metros más y comenzó a virar pretendiendo encajonar el de Bert contra la cuneta, procedimiento infalible para obligarle a frenar.

Aquello exasperó a nuestro amigo. Por unos segundos tuvo que desviar la trayectoria de su coche pero, al ver que sus extraños seguidores cerraban más acusadamente contra él, aceleró a fondo y el automóvil salió disparado hacia adelante.

Las dos ruedas de la derecha llegaron a estar en el aire y fue un verdadero milagro que no volcara, destrozándose en la escotadura dela cuneta

Por fortuna, la gran velocidad que había impreso a su coche le salvó de la catástrofe y maniobró con habilidad para verse de nuevo en medio de la carretera.

La arriesgada maniobra sorprendió a los hombres que le seguían, pero pronto lanzaron su automóvil a toda velocidad intentando dar caza a nuestro amigo.

La carretera era muy lisa hasta donde alcanzaba la vista, y los dos monstruos de acero iban lanzados a velocidad vertiginosa.

Un par de minutos duró aquella carrera desenfrenada.

De pronto, uno de los hombres que iba en el coche de los perseguidores sacó un pequeño instrumento de forma cónica y apuntó con cuidado hacia las ruedas del coche de nuestro amigo.

Bert se dio cuenta de que un intenso rayo de luz iluminaba la parte inferior de su automóvil. Luego, una pequeña nube de humo azulado fue ascendiendo hasta la altura de las ventanillas.

No tardó en darse cuenta de lo que sucedía: aquellos neumáticos eran inestallables, pero pronto se volatilizaron y el coche comenzó a rodar sobre el armazón de acero de las ruedas.

El volante se le desvió y tuvo que luchar enérgicamente para mantener el vehículo sobre la carretera y no despistarse, lo cual habría tenido fatales consecuencias.

Por fortuna, el freno automático funcionó a tiempo y el coche se detuvo.

Bert no había perdido la serenidad. Abrió la portezuela y saltó al exterior, dispuesto a enfrentarse con el mismísimo diablo que fuera.

CAPÍTULO II

-No se mueva -ordenó uno de los hombres que iban en el coche-. Le estoy apuntando con una pistola.

El individuo que acababa de amenazarle abrió la portezuela y se dispuso a bajar, con objeto de obligar a nuestro amigo a que subiera al automóvil.

Bert analizabala situación con su ágil cerebro y comprendía que pocas posibilidades tenía de escapar si aquellos individuos conseguían meterle en el coche bajo la amenaza de sus armas.

Empujó la portezuela con fuerza y consiguió abatir contra el asiento delantero al hombre de la pistola, el cual dio un grito dedolor al serle aprisionado untobillo entre la puerta y la estructura lateral del coche.

Bert no perdió el tiempo. Dio un salto de costado y consiguió apartarse de la enfilada de la pistola, yendo a guarecerse en la parte posterior del automóvil.

El individuo que llevaba el volante, se dio cuenta de la maniobra y abandonó rápidamente su puesto, corriendo hacia el lugar donde estaba Bert.

Un soberbio puñetazo en la mandíbula fue la primera noticia que tuvo de nuestro amigo, cayendo a un par de metros de distancia.

Bert intentó correr hacia la oscuridad, buscando en el amparo de la noche su salvación, pero el individuo al que había golpeado se recuperó en un segundo y salió en su persecución. A unos veinte metros de distancia le dio alcance y se abalanzó sobre Bert, entablándose entre ambos una furiosa pelea.

Bert era un hombre fuerte y sus músculos estaban adiestrados en el gimnasio. Encajó regularmente un fuerte rodillazo en el estómago y replicó con una serie de golpes a la cara de su enemigo, obligándole a retroceder.

-¿Creíais que iba a resultar más fácil, verdad? -murmuró entre dientes, al tiempo que golpeaba con ambos puños la cara de su enemigo.

Ya casi había conseguido Bert ponerlo fuera de combate cuando el otro pistolero, repuesto del golpe que le propinara Bert con la portezuela, saltó sobre su cuello.

Sus poderosas manos oprimieron la garganta de nuestro amigo hasta impedirle totalmente la respiración.

La nueva situación fue aprovechada por el primer contendiente para lanzarse a la carga. Con su pie descargó un fuerte golpe en el estómago de Bert que casi le hizo perder el sentido a causa del intenso dolor.

El hombre que tenía a sus espaldas seguía oprimiendo con fuerza la garganta de nuestro héroe y las fuerzas de éste se debilitaban a pasos agigantados.

Las manos de Bert tropezaron con un objeto duro, aparentemente una linterna, que se hallaba en un bolsillo del adversario que lo tenía cogido por el cuello. Metió la mano en aquel bolsillo, y apoderándose de aquella linterna, golpeó con fuerza la cara de su enemigo.

El hombre lanzó un rugido de dolor y se llevó las manos al rostro, en cuyo pómulo izquierdo había abierto una profunda herida el golpe de nuestro amigo.

Bert cayó al suelo y el aire entró precipitadamente en sus pulmones.

El segundo de los adversarios cayó sobre él y golpeó su cabeza con la culata de su pistola.

Un nuevo golpe en la cabeza le aturdió de tal manera que quedó inmóvil en el suelo, al borde de perder el conocimiento.

Así lo debió creer su contrincante, por cuanto dejó de golpearle.

Lo cogieron por brazos y piernas e intentaron llevarlo hacia el coche.

Pero no habían caminado más de doce o catorce metros, cuando llegó a los oídos de Bert el agudo grito de las sirenas de la policía.

Los dos raptores se detuvieron y vacilaron durante un par de segundos. Uno de ellos pronunció unas palabras en un extraño idioma y, dejando a Bert en el suelo, echaron a correr hacia su automóvil.

La situación en que estaban los dos vehículos sobre la carretera hacía muy difícil la maniobra para intentar volver grupas, ya que las sirenas se oían cada vez más cerca y no tardarían muchos segundos en presentarse los policías.

Los dos individuos optaron por abandonar el coche y emprendieron la retirada a toda la velocidad que les permitían las piernas.

Uno de ellos dirigió hacia los automóviles el pequeño cono con el que fundiera los neumáticos del coche de Bert y un haz de luz vivísima se abatió sobre los dos vehículos.

Bert apenas si pudo dar crédito a sus ojos. Los dos coches se evaporaron en el aire, no dejando sobre la carretera el menor rastro de los mismos.

Hecho esto, sus agresores se perdieron en la lejanía, tragados por la oscuridad de la noche.

Pocos segundos más tarde llegaban al lugar del suceso dos policías del Servicio de Carreteras, montados en poderosas motos.

Al ver a nuestro amigo derribado en el suelo detuvieron sus máquinas.

Uno de los policías se arrodilló junto a Bert e intentó incorporarle.

-¿Cómo se encuentra usted, amigo?

-No es nada grave. Mis agresores no deben andar lejos. ¡Intenten cazarlos!

-¿A qué agresores se refiere usted?

-Son dos hombres que han venido siguiéndome en su coche. Al final,

me obligaron a frenar y quisieron llevarme con ellos a la fuerza.

-¿Tú entiendes esto, Bill?

-¿Dónde están esos automóviles? -preguntó el llamado Bill.

-Estaban ahí delante hace unos segundos -dijo Bert levantándose y señalando con el brazo extendido.

-¿Se los han llevado?

-No. Los han hecho desaparecer con un extraño rayo.

-¿Que los han hecho desaparecer con un rayo? -exclamó uno de ellos.

-Sí. Los han volatilizado en el aire en un segundo.

-¡Ah, ya comprendo! -exclamó el llamado Bill-. Este hombre está borracho como una cuba, Peter.

-Lo llevaremos al puesto de control y le acostaremos hasta que se le pase la borrachera.

-Súbelo en tu moto, Bill, y le llevaremos al puesto. Le haremos un análisis de la sangre y veremos la cantidad de alcohol que contiene.

Bert no opuso la menor resistencia y unos minutos más tarde se encontraba en una de las Torres de Control del Servicio de Carreteras.

-Aquí tiene a uno que ve fantasmas, doctor -dijo Peter al galeno que había sido llamado.

El hombre miró a Bert e hizo un gesto de extrañeza.

-Veamos -dijo brevemente.

Preparó una jeringuilla y extrajo un poco de sangre del brazo de nuestro amigo. Luego estuvo haciendo el análisis durante un par de minutos y, finalmente, se volvió hacia el grupo de hombres.

-Este hombre no ha bebido ni una sola gota de albohol desde hace muchas horas.

-¡Pero...! -exclamó Bill.

-Esa es la verdad -insistió el doctor.

-¡Entonces es que está mal de la cabeza! -terció Peter-. ¡Decir que los automóviles se esfuman en el aire como si fueran fantasmas!

-Oiga, sargento -intervino Bert-. ¡No querrá ahora que me vea un psiquiatra! ¿Verdad?

El policía no supo qué contestar. Todo aquello resultaba demasiado fantástico.

-¿Quién es usted? -preguntó Bill.

Bert sacó su documentación y la presentó al agente. .

-¡Bert Sterling! ¡Ahora lo comprendo todo!

-¿Es usted el famoso autor de novelas del futuro? -preguntó el médico.

-Así es.

-La cosa va estando clara -murmuró Peter-. Usted está intentando servirse de nosotros para hacer publicidad a su próxima novela.

-Crean ustedes lo que quieran. Cuanto he dicho es la pura verdad.

-¡Sería un bonito lanzamiento para la continuación de su novela “Una Isla en el Espacio”! -dijo Bill.

De nuevo se encontraba Bert ante la incredulidad de aquellos honrados agentes de la autoridad. A él mismo, que lo había vivido, le resultaba difícil creer tan fantástica historia; ¿qué se podía esperar de aquellos hombres?

Decidió no insistir, pues era el mejor camino de ahorrarse molestias. Ya hablaría con algún jefe de la policía de Nueva York.

-Podemos zanjar la cuestión aquí, si les parece. ¿Podrían llevarme hasta la casa de mi amigo, el profesor Tinker?

-Eso queda a una milla de aquí -dijo Bill-. Si quiere subir en mi moto, lo transportaré en pocos minutos.

-Se lo agradezco mucho.

Salieron al exterior del edificio y unos minutos más tarde volaban por la carretera.

Cuando la moto se detuvo ante la suntuosa residencia de sus amigos, Bert descendió y se despidió del policía.

-Muchas gracias por haberme traído.

-No hay de qué, señor Sterling. Yo también leo sus novelas. Me gustaría que me dedicara un ejemplar.

-Así lo haré. La próxima la recibirá, usted y su amigo, con mi dedicatoria.

El policía agradeció con una sonrisa el ofrecimiento de Bert y emprendió la marcha de regreso.

CAPÍTULO III

El aspecto de Dick Tinker contrastaba considerablemente con el de Bert. Mientras este último mostraba su aspecto de hombre atlético, ancho pecho, mandíbula cuadrada, músculos que se tensaban bajo la ropa al primer movimiento, Dick Tinker aparecía como el prototipo del hombre dedicado al estudio. Sus manos eran blancas y suaves, su tez pálida y sus cabellos caían revueltos sobre su amplia frente. Aunque de buena estatura, sus hombros estaban un tanto curvados y lo hacían aparecer algo más bajo de lo que era en realidad.

-¿Cómo te encuentras, Dick? -saludó cordialmente Bert.

-No son buenos estos tiempos para mí.

-¿Sigues sin noticias?

Dick levantó los hombros en un gesto de abatimiento.

-Nada, por el momento, Bert. Parece como si la tierra se hubiese tragado a mi padre.

Dick cambió de conversación.

-Doy por sentado que cenas conmigo, ¿no es así?

-Me resulta forzoso aceptar tu invitación, pues tardaré en volver a la ciudad. Entre otras razones porque no dispongo de coche para hacerlo.

-¿Cómo has venido, entonces?

-La mayor parte del camino la hice en mi automóvil. El resto, montado en una motocicleta de un policía de tránsito.

Dick arqueó las cejas, mostrando su extrañeza ante aquellas palabras de su amigo.

-Es una historia que té contaré en la sobremesa.

Un criado se anunció por medio de una discreta tosecilla.

-La cena está servida, señor.

La cena transcurrió tranquilamente y Bert procuró alejar el pensamiento de su amigo del asunto que le preocupaba.

Al terminar la cena pasaron a un elegante saloncito, donde estaban servidos los licores y el café.

-¿Qué historia es ésa de la que me hablabas antes?

-Verás, Dick. Es una historia tan extraña que casi no me atrevo a contártela.

-Me llenas de curiosidad, Bert. Habla.

-Antes de comenzar he de decirte que no estoy ni loco ni borracho.

-No me cabe la menor duda de ello -sonrió Dick-. ¿Pero a qué viene tanta reserva?

-Escúchame y lo comprenderás.

Bert comenzó a hablar lentamente mientras apuraba el cigarrillo que tenía entre sus dedos.

Con todo detalle fue contando las incidencias de su extraña aventura, procurando no omitir nada.

-Yo mismo aún no he podido digerir el asunto.

-¿Pero estás seguro de que los dos automóviles fueron volatizados en tus propias narices por medio de ese extraño rayo luminoso?

-Observé perfectamente la maniobra de esos hombres y vi como los dos automóviles se convertían en una nube de humo que se disipó al instante.

-¡Eso resulta tan extraño o más que la desaparición de mi padre!

-¿Tienes alguna idea de cómo puede haber sucedido? ¿Existe algún aparato capaz de producir unos efectos semejantes?

Dick meditó unos segundos.

-No es difícil conseguir semejante cosa. Se puede producir hoy día un rayo de calor capaz de fundir y volatilizar el acero o cualquier otra materia que se nos ocurra. Ahora bien, ese rayo calórico lo produce una variante de la energía “Z”, y para ello se necesitan grandes y complicados aparatos.

-Estoy seguro de que ellos manejaban un aparatito de muy reducidas dimensiones.

-Ahí está el extraño fondo de esta cuestión. En el estado actual de la Ciencia no existe ni la más ligera posibilidad de encerrar la energía “Z” en un aparato de tan reducidas proporciones como el que tú dices.

-Comprenderás por qué me creyeron borracho o loco los agentes del Servicio de Carreteras que intervinieron tan oportunamente en mi pelea.

-¡Si no te conociera, yo mismo creería que estabas borracho o que habías sufrido una alucinación!

-No quise insistir con los policías porque no habría conseguido otra cosa que buscarme mayores quebraderos de cabeza.

-Hiciste bien, aunque te aconsejo que no dejes pasar la cosa. Cuando vuelvas a la ciudad debes hacer una denuncia en toda regla. Imagina lo que puede suceder si un grupo de hombres audaces y sin conciencia son los dueños exclusivos de semejante arma. ¡No les sería difícil dominar al mundo entero!

-También yo he pensado en esa posibilidad. Decididamente, pondré el asunto en manos de las autoridades superiores.

En aquel momento volvió a hacer su aparición Arnold.

-Unos señores esperan en el vestíbulo. Creo que uno de ellos pertenece a la Policía.

-Diles que pasen. Se me olvidó decirte que esperaba esta visita.

-Entonces me voy...

-No es necesario que lo hagas, Bert. Es más, te ruego que te quedes.

En aquel momento hacían su entrada los dos visitantes.

Uno de ellos era de fuerte complexión y edad mediana. Tenía las cejas hirsutas y todo él mostraba resolución y dominio.

El otro era la antítesis del primero. Bajito, de maneras suaves y frente despejada, tenía todo el aspecto de un intelectual.

Dick hizo las presentaciones.

-El inspector de la Policía Robert Simpson. Mi amigo Bert Sterling.

Bert estrechó la mano del hombre de las hirsutas cejas.

-El doctor en ciencias físico-químicas Archie Conway.

Bert saludó al hombre que acompañaba al policía.

-Siéntense, por favor. ¿Alguna novedad sobre mi padre?

-Siento confesarle que el asunto no ha progresado nada -dijo el inspector-. Hemos buscado por todas partes y nadie sabe nada. ¿Está usted seguro de que su padre no salió de esta casa por propia voluntad?

-Ya le dije lo que opinaba al respecto en otra ocasión. Mi padre no se hubiera ido sin advertirme de a donde iba y cuánto tiempo tardaría en volver.

-En cuanto a los trabajos que desarrollaban ustedes dos en la actualidad -insinuó el que había sido presentado como doctor Conway.

-Mi padre investigaba en la actualidad la temperatura de los elementos en razón de su carga eléctrica.

-¿Qué pretendía con ello?

-Según su tesis, todas las materias pueden combinarse entre sí si se consigue modificar el orden térmico de las mismas. En la actualidad estábamos en la fase teórica del problema. Nuestros trabajos se reducían a calcular sobre el papel cuáles debían ser las modificaciones térmicas que debían operarse en la estructura atómica de dos cuerpos dados para que pudieran combinarse en “frío”, dando lugar a una sustancia nueva.

Conway abrióla cartera de mano que llevaba y extrajo un trozo de unos doscientos gramos de peso de una extraña substancia.

-¿Recuerda esto, colega?

Dick echó una ojeada al trozo que le mostraba Conway.

-Es lo que se encontró encima de la mesa del despacho de mi padre.

-Hemos hecho un análisis -dijo Conway.

-Y bien.

-Se trata de una sustancia. que no existe en nuestro planeta. Yo me inclino a creer que los trabajos que usted y su padre llevaban a cabo estaban más adelantados de lo que usted manifiesta, Tinker. Este trozo de materia responde al objetivo que ustedes se habían propuesto.

Dick tomó aquel trozo entre sus manos y lo examinó detenidamente.

-Realmente he de confesar que no consigo reconocer esta sustancia.

Bert miraba al objeto que tenía su amigo entre las manos y se preguntaba qué podía ser.

-No me extraña que no lo reconozca, si es cierto que usted no ha participado en su consecución -dijo Conway-. Ningún científico de la

Tierra podría reconocerlo, a simple vista.

-¿Y qué materia es ésta?

-Se trata de una combinación de oro y mármol, que tiene la elasticidad del primero con la acerada dureza del segundo.

-¿Pero se trata de una amalgama?

-Nada de eso, amigo Tinker. Se trata de una combinación a la manera de las reacciones químicas. Los átomos de ambas sustancias se han ligado íntimamente, dando lugar a un cuerpo nuevo.

-¿Pero quién ha podido conseguir semejante cosa? -preguntó Dick.

-Hasta hace un momento creía que era obra de su padre y de usted -confesó Conway-. Ahora ya no sé a quién atribuir esta maravilla.

Bert miró a su amigo y los dos cambiaron una mirada de inteligencia.

La conversación se prolongó durante algún tiempo y, finalmente, se despidieron los dos visitantes.

-Téngame al corriente de cualquier cosa que puedan descubrir respecto al paradero de mi padre.

-Tenga la seguridad de que lo haremos así -asintió el Inspector.

Dick acompañó a sus visitantes hasta la puerta y unos segundos más tarde se reunía de nuevo con su amigo.

-¿Te das cuenta de cómo se complica el problema?

-Es sorprendente la presencia de esta nueva materia, ¿verdad?

-¡Muy sorprendente! Mi padre era el que más avanzado estaba en esa cuestión y dudo que hubiera conseguido producir una cosa semejante en el resto de su vida.

Los dos amigos conversaron largo rato sobre aquellos asuntos que les interesaban tan profundamente y Bert aceptó la hospitalidad de su amigo para pasar la noche.

A la mañana siguiente, Dick le prestó a nuestro amigo uno de sus coches y éste emprendió el regreso hacia la ciudad.

CAPÍTULO IV

Bert estaba en su estudio unas horas más tarde y un humor de todos los diablos se había posesionado de él.

La causa de este mal humor era la visita que hiciera al Intendente de Policía del Estado de Nueva York.

El policía lo recibió amablemente, pero parecía haber tomado partido con anterioridad respecto al asunto que iba a plantearle Bert.

-He sido informado por el puesto de control número catorce del servicio de Carreteras sobre la fantástica historia que usted les contó la noche pasada.

-¡Pero si es cierto cuanto dije!

-Mire usted. Quiero advertirle que se lleva un juego peligroso. Si se le ha ocurrido lanzar una campaña publicitaria para provocar una mayor venta de su próxima novela, hágalo sin mezclar en ello a la Policía. Tenemos muchas cosas en qué ocuparnos y no podemos perder el tiempo en escuchar cuentos de hadas y, mucho menos, en colaborar en el lanzamiento de un autor de moda.

-¿Entonces no vale mi palabra? -dijo Bert, a punto de estallar.

-No, por cuanto esa palabra se opone a toda lógica.

-¡Recurriré al Ministro del Interior!

-Es usted muy libre de hacerlo, señor Sterling, pero tenga cuidado no me vea precisado a considerarle un loco de remate y me encuentre en la obligación de recluirle en un manicomio.

Las circunstancias se confabulaban de tal modo contra nuestro amigo que llegó a perder toda esperanza de convencer a nadie.

Por fin, se decidió a llamar a Lisabet. Marcó el número y esperó unos segundos.

-Dígame -dijo una voz desde el otro extremo del hilo.

-Es usted la señora Worter, ¿verdad?

-Sí -contestó la madre de Lisabet,

-¿Está Lisabet en casa?

Una leve exclamación de sorpresa precedió a las palabras de la mujer.

-¿Aquí en casa? ¡No!

-¿Sabe usted dónde ha ido?

-¡Pero si usted mismo telefoneó anoche para decirme que Lisabet no vendría a casa porque tenían que trabajar durante toda la noche!

-¡Yo no hablé con usted anoche por teléfono!

Un grito de angustia fue la respuesta de la atribulada mujer.

-¿Quién llamó entonces anoche?

Bert no supo qué responder.

-¡Algo le ha sucedido a Liz! -exclamó la angustiada madre.

-Tranquilícese usted, señora. Verá como todo se explica lógicamente.

-¡Voy a llamar a la Policía!

-No haga usted nada hasta que yo vaya a verla. Ahora mismo me dirijo hacia ahí.

-¡No tarde, Bert! ¡Me encuentro horriblemente preocupada por lo que pueda haberle pasado a Liz!

-Ahora mismo salgo.

* * *

Lisabet vivía en compañía de su madre y una doncella en un barrio residencial a poca distancia de donde Bert tenía su estudio. Ello le permitió llegar en muy pocos minutos a la casa.

La señora Worter estaba muy afectada por la noticia y le recibió hecha un mar de lágrimas.

-Alguien telefoneó diciendo que era usted. A mí me pareció reconocer su voz, Bert.

-Tenga la seguridad de que no fui yo, señora Worter.

-¿Quién entonces?

-Lisabet me dijo que tenía un compromiso para ir a cenar. Quizás esa persona...

-No es posible. El compromiso era con su hermano, que se encuentra entre nosotras disfrutando de unas breves vacaciones.

-Es posible que haya sufrido algún accidente o que un simple ataque de apendicitis le haya sorprendido en la calle, viéndose obligada a ingresar en una clínica.

Aunque aquella posibilidad no significaba un gran consuelo, estuvieron llamando a las clínicas y hospitales.

A las seis de la tarde habían conseguido preguntar a todos los establecimientos de este tipo.

En tres de ellos aseguraron que tenían a una joven de la edad de Lisabet, sin documentación y en espera de que alguien preguntara por ellas.

Bert había anotado las direcciones y se dispuso a marchar.

-Tranquilícese usted, señora Worter. Iré a esos tres establecimientos y la tendré al corriente de lo que pueda descubrir.

-Quiero ir con usted -suplicó la mujer con acento de súplica.

Bert no podía negarse a la justa pretensión de la mujer, pero sentía que ésta le acompañara.

Afortunadamente llegó el hermano de Lisabet y Bert lo puso al corriente.

-Creo que lo mejor es que se quede en compañía de su madre.

Ray Worter, que así se llamaba el joven, comprendió lo prudente de las palabras de su amigo y convenció a su madre para que permaneciera en

casa junto a él, mientras Bert hacía la gestión.

-Telefonee desde cada uno de esos establecimientos -suplicó la mujer.

-Así lo haré, señora Worter.

* * *

Las pesquisas de Bert fueron inútiles. Ninguna de aquellas mujeres era Lisabet y así lo hizo constar por teléfono a la señora Worter.

-Creo que debe dar parte a la policía. Yo estaré en mi estudio por si a Liz se le ocurriera telefonearme allí.

-Si sabe algo dígalo al instante -dijo el hermano de Lisabet.

-De acuerdo. Si fueran ustedes los primeros en tener cualquier noticia no se olviden de decirme lo que sea -respondió Bert.

Bert veía desde los altos ventanales de su estudio el mar de tránsito que se deslizaba a sus pies.

Las gentes y los vehículos marchaban en todas direcciones, indiferentes a la angustia que anidaba en el corazón de aquel hombre.

La inmensa ciudad, como un gigantesco monstruo de mil cabezas, guardaba el secreto de Lisabet bajo el velo parpadeante de sus luces engañosas.

Bert no pudo reprimirse y, en distintas ocasiones llamó a casa de Liz para inquirir noticias, pero la contestación fue en todos los casos negativa.

Alrededor de las once sonó el timbre del teléfono.

Con ansiedad febril se precipitó hacia el aparato y descolgó el auricular.

-¡Diga! ¡Diga!

Una voz lejana le contestó.

-¿Eres tú, Bert?

-¡Lisabet! ¡Por fin! ¿Dónde te encuentras? ¿Qué te ha sucedido?

-Es largo de contar. ¿Puedes venir a recogerme?

-¿Dónde te encuentras?

-¿Conoces el muelle abandonado en la desembocadura del Hudson?

-Sí, sé donde está. ¿Pero qué haces ahí?

-Luego te lo explicaré todo. Ven a recogerme. Estaré junto al único farol luminoso que hay en estos contornos.

-Voy al instante.

La comunicación quedó interrumpida y Bert se dispuso a marchar en busca de la muchacha.

* * *

Las calles estaban semidesiertas y ello le permitía llevar una buena marcha.

Cuando consiguió zafarse de las arterias principales de la ciudad

aceleró algo más.

Media hora más tarde llegaba a la zona en donde se encontraba enclavado el muelle abandonado sobre el río Hudson.

Detuvo el automóvil y oteó un momento los alrededores.

A la derecha del lugar en que se encontraba y a unos trescientos metros se veía brillar la luz mortecina de un farol.

Soltó el freno de su coche y se dirigió hacia aquel lugar.

CAPÍTULO V

El lugar no podía ser más desolado. Empleado como puerto auxiliar para la carga y descarga de embarcaciones de pequeño tonelaje, era, en la actualidad, una zona desierta y abandonada.

De los antiguos tinglados no quedaba en pie más que algún que otro muro, cuya fuerte armazón de acero y cemento había resistido asombrosamente el paso de los años.

El iluminado farol que veía al fondo no podía ser otro que el que le indicara Lisabet y hasta le parecía ver que alguien se movía bajo su luz mortecina.

Detuvo el coche a unos quince metros y descendió.

Le bastó una breve ojeada para convencerse de que aquella figura humana que se veía apoyada en la farola era Lisabet en persona.

Sin embargo, le sorprendió que la muchacha no saliera al encuentro suyo en cuanto vio que detenía su automóvil.

Conforme se fue acercando se dio cuenta de algunos detalles que aumentaron su confusión. Lisabet tenía las ropas algo revueltas y sus ojos le miraban fijamente, febriles, como los del que ha pasado en blanco toda la noche.

La muchacha hizo algunos movimientos con la cabeza, como si quisiera indicarle algo, pero no se movió del lugar que ocupaba.

-¡Lisabet, querida! -exclamó el hombre cuando estuvo a pocos pasos de la muchacha.

Pero entonces se dio cuenta de algo que le llenó de sobresalto.

Los labios de la hermosa muchacha estaban sellados por una cinta adhesiva y transparente, que le impedía pronunciar la menor palabra.

-¿Qué significa esto? -preguntó Bert, situándose de un salto junto a la muchacha.

Cogió aquella cinta adhesiva y la arrancó de un solo tirón.

-¡Oh, Bert! -sollozó la muchacha.

-Vámonos pronto de este maldito lugar -dijo Bert intentando arrastrar a la joven.

Pero su sorpresa fue grande al ver que Lisabet no le seguía.

-¡No puedo, Bert! ¡No puedo! -gritó Lisabet con acento desesperado.

Lisabet tenía las manos esposadas a la espalda y una fuerte argolla la sujetaba a la columna de hierro de la farola.

Tiró con fuerza de la corta cadena que unía las esposas a la argolla, pero no consiguió nada.

-¿Quién te ha atado de esta manera? -rugió Bert.

-¡No sé quiénes son! -exclamó Lisabet-. Están por aquí cerca. Deben estar espiándonos. ¡Vete, Bert! ¡Vete antes de que sea demasiado tarde!

Bert cogió entre sus manos la adorable cabecita de la joven y depositó un beso sobre su mejilla.

-No me separaré de ti, Liz. Afrontaré a tu lado cualquier cosa que sea.

-¡Vete, Bert! -suplicó la muchacha-. ¡No puedes hacer nada contra ellos!

-A pesar de todo continuaré a tu lado -respondió el hombre con fría resolución.

De pronto se volvió. Había oído un pequeño ruido a sus espaldas y los ojos de Lisabet se desorbitaban por el terror.

Su movimiento fue muy oportuno, pues en aquel instante alguien saltaba sobre él.

El desconocido agresor llevaba en sus manos un fino cable de acero con el cual pretendía aprisionarle la garganta.

Toda la furia que sentía Bert la concentró en el golpe que le descargó en el estómago.

Tal fue la violencia, que el hombre se dobló por la cintura como un muñeco y cayó al suelo exhalando un sordo grito de dolor.

Sin perder un segundo se inclinó sobre su víctima y, levantándolo con la mano izquierda, descargó el puño derecho sobre su mandíbula.

Si el primer golpe había frenado el ataque de su enemigo, éste sirvió para dejarle sin conocimiento.

-Hay más, Bert -dijo Lisabet-, De un momento a otro saltarán sobre ti.

-Yo sabré entendérmelas con ellos. No te preocupes, querida.

La luz del farol arrojaba una débil claridad en torno suyo, pero unos metros más allá continuaba el reino de las sombras.

Bert giró lentamente sobre sus talones y miró hacia todos lados.

Sus ojos pretendieron taladrar la oscuridad, en un vano intento de localizar a sus enemigos.

No había duda de que sus contrincantes querían destrozar su sistema nervioso antes de lanzarse a un ataque definitivo.

Una muda pregunta se hacía nuestro héroe: ¿por qué no disparaban sobre él y terminaban de una vez?

La contestación no podía ser más que una: aquellos hombres, quienquiera que fuesen, le querían vivo.

-¿Tenéis miedo? -dijo dirigiéndose a la oscuridad-. No es lo mismo maltratar a una muchacha indefensa que habérselas con un hombre cara a cara, ¿verdad?

En aquel momento comenzaron a perfilarse en la oscuridad algunas sombras.

Unos segundos más tarde vio que se introducían en el círculo luminoso media docena de hombres, los cuales avanzaban sobre Bert desde distintos puntos.

Los seis desconocidos iban estrechando el cerco lentamente.

De pronto, Bert saltó hacia adelante y cayó sobre uno de aquellos hombres.

Su ágil salto fue tan repentino que el desconocido apenas si pudo hacer nada por defenderse.

Con terrible fuerza, Bert descargó una rápida serie de golpes matemáticos sobre la cara de su adversario y éste rodó por tierra.

Como si aquello hubiera sido la señal convenida, los otros cinco se precipitaron sobre Bert.

Uno de ellos le dirigió una patada al estómago, pero Bert saltó ágilmente a un lado y, cogiendo en el aíre aquella pierna, tiró hacia arriba con todas sus fuerzas, haciéndole dar una trágica voltereta para venir a estrellarse contra el suelo.

Un cabezazo en el pecho hizo retroceder con un grito a otro y un directo a la mandíbula derribó a un tercero.

Pero las fuerzas de Bert estaban llegando al límite.

Otro de los asaltantes consiguió conectarle un formidable par de puñetazos a la cabeza de Bert y le aturdió hasta el extremo de hacerle abandonar su guardia.

Aún hizo algún débil esfuerzo por defenderse, pero un fuerte puñetazo al cuello le cortó la respiración por unos instantes.

Golpeando a placer consiguieron abatirle y no tardó en quedar tendido en el suelo, sin conocimiento.

En pocos segundos le ataron y amordazaron y luego desataron a Lisabet de la argolla que la ligaba a la farola, pero sin quitarle las esposas.

Dos de aquellos tipos se apartaron un tanto del patético grupo y escrutaron la oscuridad, como si temieran la presencia de algún peligro.

El jefe del grupo ordenó a sus hombres que cargaran con Bert, comenzando a caminar hacia un apartado rincón donde esperaban dos automóviles.

Ya estaban a punto de subir a los mismos cuando alguien llamó la atención sobre el resto del grupo.

Un nervioso movimiento recorrió las filas de los raptores.

Lisabet, que era la única de nuestros dos amigos que aún conservaba la plena lucidez de sus sentidos, se preguntaba qué era lo que temían aquellos hombres.

Los coches estaban al alcance de la mano y nada más fácil que montar en ellos y salir disparados.

Pasaron unos segundos y Lisabet pudo oír un raro silbido que venía de no sabía dónde.

Una niebla grisácea comenzó a envolver al grupo y los raptores mostraron en sus ojos un desorbitado terror.

Uno a uno fueron desplomándose en tierra, adoptando las posturas más grotescas.

La misma Lisabet no dejó de experimentar los efectos de aquellos gases.

Primero sintió una rara sensación de bienestar. Dio algunos pasos hacia el caído cuerpo de Bert, pero le pareció como si todos los resortes de su voluntad comenzaran a fallarle.

A duras penas llegó a su lado y se dejó caer de rodillas junto a él.

Quería reanimarlo; advertirle de que un nuevo peligro acechaba, que sus raptores estaban fuera de combate, pero se sentía incapaz de pronunciar una sola palabra.

El dolor que le producían las esposas sobre las muñecas había desaparecido y le parecía sentirse flotando en el aire fresco de la noche.

De pronto le pareció que la tierra se le escapaba bajo sus pies. Se sentía flotar en el aire, como si su cuerpo se hubiera vuelto ingrávido de repente.

Lentamente se fue doblando por la cintura y quedó tendida en el suelo, semiencogida, con sus sedosos cabellos rojizos acariciando las mejillas de Bert, el cual ya había perdido el conocimiento algún tiempo antes.

Un silencio impresionante gravitaba sobre la dramática escena, en la que aquellos seres parecían más bien juguetes abandonados por el capricho de un niño.

Luego, a través de la bruma grisácea, se fueron perfilando las siluetas de algunos hombres. Todos ellos llevaban sobre su pecho un pequeño aparato que absorbía a su paso la niebla artificial.

El jefe del grupo les dio unas órdenes y cuatro de ellos arrastraron los cuerpos de Lisabet y Bert hacia un lugar algo alejado.

Luego retrocedió unos veinte metros en compañía del resto de sus hombres. Con manos firmes empuñó un extraño artefacto que tenía el aspecto de una bomba de mano. Les hizo una seña y todos echaron a correr hacia el lugar donde estaban los que habían llevado a Lisabet y Bert.

El brazo del jefe describió una curva en el aire y la pequeña esfera que tenía en la mano cayó en medio del grupo' formado por los hombres que yacían en tierra y los dos automóviles.

La pequeña esfera fue iluminándose hasta ponerse al rojo vivo. Luego comenzó a crecer la rojiza onda de calor que se desprendía como un halo, hasta ir cubriendo toda la superficie donde yacían los inconscientes agresores de nuestros dos amigos.

Cada vez que aquella esfera rojiza tocaba algún cuerpo, se producía una sorda explosión y una columna de negro humo se elevaba hacia el cielo.

Al cabo de muy pocos segundos se extinguió aquella extraña fuente de calor, pero en el suelo ¡no quedaba ni el menor rastro! ¡Incluso los dos automóviles habían desaparecido sin que de ellos hubieran dejado la menor

huella!

Alguien había visto desde lejos el extraño fenómeno y el lejano ulular de las sirenas de un coche de la policía llegó hasta sus oídos.

El jefe dio una orden breve y enérgica y no tardaron en desaparecer.

Cuando llegó el coche de la policía, el lugar estaba en silencio y no había el menor indicio de que allí hubiera sucedido nada.

CAPÍTULO VI

Cuando Bert abrió los ojos se encontró acostado en una litera. A su lado pudo ver a Lisabet que ocupaba otra, semejante a la suya.

-¡Liz! ¡Liz! -dijo casi al oído de la muchacha.

-Bert -murmuró.

-Sí, soy yo, querida. ¿Cómo te encuentras?

Lisabet consiguió incorporarse sobre un codo y paseó sus ojos por el interior de la cabina.

-¿Dónde estamos, Bert? -preguntó con voz preocupada.

-No lo sé. He estado sin conocimiento algún tiempo y acabo de recuperarme en este instante.

-¡Parece la cabina de un submarino! ¡Nos han raptado, Bert! -no pudo reprimirse de exclamar la muchacha.

-Tomaremos las cosas según vengan -intentó animarle Bert-. ¡Después de todo podían habernos matado y no lo han hecho! Eso quiere decir algo, ¿no te parece?

La muchacha tuvo un estremecimiento y Bert la abrazó con ternura.

-Cualquiera que sea este lugar y el futuro que nos espere, lo único que me importa ahora es haberme dado cuenta que te amo con todo mi corazón.

-¡Bert! -suspiró la muchacha.

-Te tenía demasiado cerca de mí para darme cuenta de ello -prosiguió Bert-. Tuve que estar a punto de perderte para que pudiera comprenderlo todo en un segundo.

-¡Querido Bert! ¡Llegué a temer que jamás vieses en mí otra cosa que tu secretaria y colaboradora!

Bert se inclinó y besó los labios que le ofrecía Lisabet.

-He estado ciego. ¡Espero que Dios nos conceda vida bastante para disfrutar de esta dicha!

Aquella alusión pasajera a la vida les devolvió el pensamiento a la triste situación en que se encontraban.

-¿A dónde crees que nos llevarán?

-No tengo ni la menor idea, Lisabet. ¡Ni siquiera sé quiénes son!

La cabina era de reducidas proporciones y una pequeña puerta daba acceso a otro departamento en la parte anterior.

Bert intentó abrirla, pero le fue imposible.

-Han tomado sus precauciones -dijo forzando una sonrisa.

-Yo recuerdo que perdí el conocimiento en aquel apartado lugar junto al río Hudson -dijo Lisabet.

-A mí me pasó otro tanto. Por cierto, ¿cómo es que te encontrabas allí?

Lisabet se concentró durante unos segundos.

-Fue cuando abandoné tu estudio, la noche que quisiste invitarme a

cenar.

-¿Qué te ocurrió?

-Apenas salí a la calle se me acercaron dos hombres para preguntarme no sé qué cosa. Iba a responderles, cuando un auto frenó junto al bordillo de la acera. De un empujón me metieron dentro y salimos a toda velocidad.

-¿Quiénes eran esos hombres?

-No lo sé. Solamente recuerdo que me trataron bastante mal.

-Para mí fue una sorpresa oír tu voz citándome en el muelle.

-¡Me obligaron a hacerlo esos malvados! -exclamó Lisabet con los ojos llameantes por la indignación.

-No creas que te lo reprocho -sonrió Bert-. Incluso les agradezco que me dieran la oportunidad de estar a tu lado en este difícil trance.

En aquel momento se abrió silenciosamente la portezuela y un hombre apareció en el hueco de la misma, teniendo que encorvarse un tanto para poder penetrar en el recinto.

Bert se puso en pie de un salto y cerró los puños con fuerza.

-No vengo a luchar -sonrió el hombre al tiempo que levantaba en el aire sus brazos en son de paz.

-Pero quizás a mí me apetezca hacer un poco de ejercicio -respondió Bert con voz amenazadora-. Por cierto, que no recuerdo haber visto tu cara entre el grupo que me atacó.

-Ya no volverás a ver más a ninguno de aquellos rostros -respondió el hombre-. Han muerto.

La noticia era tan desconcertante que Bert abandonó su actitud belicosa.

-¿Muerto? -preguntó.

.-Sí. Mis hombres acabaron con ellos.

Bert no sabía qué pensar al oír aquello.

-Puede considerarse que éramos grupos rivales -sonrió el hombre.

-¡Pero ello no impide que ustedes estén procediendo criminalmente con arreglo a las leyes del mundo entero! -espetó Bert.

El hombre sonrió.

-Es cierto... desde el punto de vista de esas leyes. Pero esas leyes no nos afectan a nosotros por la sencilla razón de que no pertenecemos a ese mundo.

-No entiendo lo que quiere decir -respondió Bert.

-¿No se da cuenta de dónde está?

-Esto parece ser un submarino.

-Nada de eso, amigo mío: ¡Esto es una nave interplanetaria!

-¿Quiere decir que estamos viajando por los espacios interplanetarios?

-Esa es una definición poco exacta, porque en realidad, estamos más allá del Sistema Solar, más allá de los planetas que ustedes conocen.

Bert miraba fijamente el rostro de aquel hombre, intentando descubrir

algún síntoma de locura en sus facciones.

-Síganme y se convencerán.

Bert ayudó a levantarse a la muchacha y ambos pasaron al departamento contiguo, siguiendo al desconocido.

Este departamento era algo más espacioso que el anterior y no estaba desprovisto de comodidades.

-Éste es nuestro "salón". Aquí matamos nuestras horas de ocio durante las grandes travesías del espacio los que no estamos de servicio en los mandos del aparato.

El hombre pulsó un botón que tenía a la altura de la mano y un paño de la pared se corrió silenciosamente hacia un lado, dejando una ventana transparente, a través de la cual se podía ver un gran trozo del cielo.

-Observen la oscuridad que nos rodea -insinuó el hombre-, sin embargo, ¡miren cómo lucen en lo alto las estrellas! Son ustedes los primeros terrestres que pueden observar en toda su nitidez este espectáculo. ¿Verdad que es maravilloso?

-Reconozco que estoy anonadado -murmuró Bert-. ¡Más allá de nuestro Sistema Solar! ¡Resulta inconcebible!

-¿Pero quiénes son ustedes? -preguntó Lisabet en el colmo de su asombro, pero matizando la situación con el típico realismo femenino.

El hombre la miró con gesto simpático y respondió:

-Somos hermanos lejanos de los hombres que pueblan ese pequeño, pero maravilloso, mundo que se llama la Tierra.

Había en las palabras de aquel ser un cierto dejo de melancolía que no pasó inadvertido a Bert.

-¡No comprendo por qué se admira de un mundo que, por lo que vemos, está mucho más atrasado que el de ustedes!

-Usted no puede comprender eso, amigo mío. A los terrestres todo les ha sido dado de una manera natural y espontánea. En mi mundo sólo subsistimos gracias a los progresos de la técnica. Nuestra atmósfera, nuestra temperatura, nuestras cosechas, todo es producido de una manera artificial. Cualquier fallo importante en el complicado sistema que rige nuestras vidas supondría el exterminio de nuestra especie.

Bert creyó comprender.

-¡Por ello preparan ustedes la conquista de la Tierra! ¿Acierto?

El hombre negó con la cabeza.

-Nuestro sistema moral ha evolucionado al unísono de nuestros progresos científicos. Jamás robaremos a nadie aunque en ello nos vaya nuestra propia existencia. Jugamos esta terrible partida cósmica sin pretender hacer trampa en las bazas.

-¡Sin embargo se han apoderado de nosotros por la fuerza! -terció vehemente Lisabet.

-Se equivoca en eso, señorita. Nosotros no hicimos más que rescatarles de las manos de los hombres de Kaudak.

-¿Quiere explicarnos eso? -preguntó Bert.

-Nos dirigimos hacia un lugar donde hay dos pequeños planetas, separados tan sólo por un millón de kilómetros. Uno de ellos, de Kaudak, el otro se llama Ortón. En este último nací yo y cuantos hombres tripulan esta nave.

-¿Y qué tenemos que ver nosotros con ustedes? -preguntó Bert.

-La historia es larga de contar. Estos dos planetas son en realidad dos islas en el espacio. Nacidos de la explosión de una estrella, son gemelos y, sin embargo, distintos. La materia de que se componen ambos planetas es diferente, pues en la explosión de esa estrella las materias se agruparon según el orden de sus distintas densidades. Después de millones de años, Dios quiso que la vida surgiera en ambos planetas. Pero los hombres de Kaudak sufrieron una evolución moral muy distinta a la nuestra. Desde hace miles de años están en guerra con nosotros y su pretensión es dominarnos.

»Por el momento, la balanza no se inclina al lado de ninguno de los contendientes, pero los habitantes de Kaudak no cejan en su empeño. Su sueño es dominarnos y poder lanzarse después a la conquista de la Tierra.

-¿Por qué querían apoderarse de nosotros? -preguntó Bert.

-La señorita sólo era el cebo -sonrió el hombre del espacio-. Quien interesaba en verdad era usted, amigo Sterling.

-¿Yo? -en aquel breve monosílabo expresó Bert todo el asombro que sentía.

-Si, usted.

-¿Puedo saber la razón de ello?

-¿Podemos saber por qué ustedes tenían interés en rescatarnos de las manos de esos hombres para hacemos sus prisioneros? -preguntó Lisabet.

-Todo lo puedo explicar. Nuestros contactos con la Tierra datan de hace más de cincuenta años. Conocemos sus costumbres, sus lenguas, su historia, su grado de civilización. Más de una vez he tenido que sonreír al leer sus periódicos que hablaban de la aparición de extraños platillos volantes en el cielo, ¡En ocasiones era yo mismo quien pilotaba una de esas naves!

»Puedo asegurarle, amigo Sterling, que sus novelas son muy conocidas en estos dos planetas, sobre todo entre nuestros hombres de ciencia y los altos jefes de los ejércitos.

-¡Ahora sí que me parece estar soñando! ¡Comprenda que eso que usted me dice...!

-Por extraño que parezca, es cierto. No tardará usted en comprenderlo todo.

-Pero dígame usted una cosa, señor...

-Llámeme Turen. En nuestra lengua quiere decir: “el hombre que nunca miente”, señorita.

-Dígame una cosa, Turen. ¿Son ustedes amigos o enemigos nuestros?

-Somos sus amigos, aunque las circunstancias nos hayan obligado a proceder con ustedes de una manera un tanto... irregular.

-¿Por qué, pues, no nos devuelven a la Tierra?

-Lo haremos después que el Consejo de Hombres sin Tacha haya interrogado al señor Sterling.

-Si no llego a comprender pronto lo que sucede acabaré por volverme loco -manifestó Bert.

-Pronto llegaremos a Ortón. Mientras tanto, le haré cuantas aclaraciones sean necesarias.

Turen iba a continuar respondiendo a las preguntas de nuestros amigos cuando un altavoz transmitió unas incomprensibles palabras que parecían venir de la parte anterior del aparato.

El semblante de Turen se demudó, aunque hizo un evidente esfuerzo por contener su excitación.

-He de dejarles -dijo-. ¡Esperamos un ataque de nuestros enemigos!

Dichas estas palabras abandonó a nuestros amigos, encaminando sus pasos hacia la parte anterior del vehículo sideral.

Lisabet se refugió en los brazos de Bert y musitó unas palabras.

-Quizás es nuestro fin, Bert.

El hombre estrechó suavemente a la muchacha entre sus brazos.

En aquel momento, un brusco viraje del aparato arrojó a los dos enamorados al suelo. La lucha había comenzado.

CAPÍTULO VII

Durante un par de minutos, Bert y Lisabet permanecieron en el interior de aquel recinto, procurando asirse a algunas partes fijas para mantener el equilibrio.

El aparato variaba constantemente de rumbo y era imposible predecir cual iba a ser su próximo movimiento.

A pesar del inminente peligro por que atravesaban los terrestres en aquellos momentos, Bert sentía una gran curiosidad por ver cómo se desarrollaba aquel combate, que parecía producirse dentro del mayor silencio.

Con su propio cinturón amarró a Lisabet a uno de aquellos sillones que estaban sólidamente fijados a la estructura de la astronave y decidió pasar a la cabina de pilotaje. Atravesó la parte central de la nave y consiguió llegar hasta la cabina.

Cinco hombres, incluido Turen, formaban la tripulación del aparato.

Cada uno de ellos ocupaba su sitio, y frente a sí tenían una serie de complicados instrumentos.

Turen levantó sus ojos de los aparatos que manejaba y dirigió una sonrisa a nuestro amigo, con lo cual pretendía darle ánimos.

Una de las cosas que más le llamó la atención fue que ninguno de aquellos hombres parecía interesarse por la visión directa de los aparatos enemigos.

Atentos tan sólo a los instrumentos que tenían delante, iban constatando los datos que éstos les proporcionaban y leían en voz alta las cifras que se registraban en ellos.

Toda la parte anterior de la nave sideral era de una materia transparente y permitía una perfecta visión de cuanto sucedía fuera.

Bastaron pocos segundos para que Bert se percatara de que eran tres los aparatos que atacaban al que comandaba Turen.

Las velocidades eran asombrosas. A veces veía brillar tenuemente un lejano punto, tan sólo iluminado por la luz de las distantes estrellas, y en cuestión de un segundo lo veía acercarse hasta tomar la forma concreta de una nave del espacio.

-¡Esos condenados saben lo que hacen! -dijo Turen.

-No oigo ninguna explosión -respondió Bert ingenuamente-. ¿Es que no consiguen hacer blanco en nuestro aparato?

Por encima de ellos pasó una de las astronaves atacantes y una intensa luz color naranja iluminó el interior de la cabina.

-En este momento acaban de conseguir un impacto -le dijo Turen.

Bert esperó que las consecuencias se dejarían sentir al instante, pero no sucedió nada.

Unos segundos más tarde era el segundo de los atacantes el que lanzaba un poderoso reflector de luz verde contra la nave de Turen.

El hombre del espacio consiguió eludir el contacto con aquel rayo, merced a un violento viraje. El oscuro cielo fue iluminado durante un segundo por aquel fantástico destello.

-Esta vez hemos conseguido zafarnos -dijo Turen.

Todo aquello resultaba absolutamente incomprensible para Bert, pero no por ello era menos apasionante.

Cada vez que uno de aquellos aparatos atacaba en línea recta al que comandaba Turen, el hombre de Kaudak pulsaba un botón y Bert veía salir disparados unos extraños proyectiles, los cuales buscaban con infalible tino el cuerpo de las astronaves adversarias.

Pero también esto era motivo de asombro para nuestro amigo.

Aquellos proyectiles evolucionaban ágilmente hasta conseguir entrar en contacto con los aparatos enemigos, a cuya estructura exterior quedaban fijos como si fueran ventosas, pero nada más sucedía.

Turen pidió algunos datos a sus hombres y luego se volvió hacia Bert.

-Llevamos una ventaja inicial en el combate -le dijo.

A Bert le pareció de maravilla que así sucediera, pero no comprendía en qué podía basarse aquel hombre. Por lo que él veía, aquello era un combate incruento y sin consecuencias.

Una y otra vez, los aparatos se cruzaron en el espacio, maniobrando unos y otros con la mayor celeridad posible.

Turen conseguía en muchas ocasiones esquivar aquellos rayos de luz, y, en cambio, llegaba a conectar los proyectiles-ventosa en la estructura de los aparatos enemigos.

Toda la fantasía de Bert, como escritor de novelas en las que intentaba dar un vago reflejo de lo que había de ser el mundo futuro, resultaba pálida y empequeñecida ante la realidad de lo que estaba contemplando.

En mil ocasiones había ideado extrañas armas que habrían de emplearse en los siglos venideros. Incluso había descrito más de un combate entre naves siderales que creara su fértil fantasía. Pero nada se parecía a aquello que estaban contemplando sus ojos asombrados.

Las luces que los navíos del espacio enemigos lanzaban sobre el aparato de Turen estaban matizadas por los colores más fantásticos, presentando toda la gama del espectro solar.

Tan pronto eran de un azul intenso como de un amarillo brillante o un rojo como la sangre. En otras ocasiones eran verdes, violetas, moradas.

También sucedía alguna vez que los aparatos se cruzaban en el aire, sin que los enemigos hicieran brillar ninguna luz.

Pero era entonces cuando Turen mostraba el mayor interés y las consultas a sus hombres eran más reiteradas y llenas de ansiedad.

A partir de los últimos datos que le diera uno de sus subordinados, Turen se mostró serio y con el ceño fruncido.

-Esos malditos lo van a conseguir -dijo.

-¿Qué es lo que están haciendo? -preguntó Bert.

-Pretenden cambiar el ritmo de la materia de nuestro aparato -contestó brevemente Turen.

Bert no comprendió nada, pero se abstuvo de insistir en la pregunta.

-Creo que se saldrán con la suya -murmuró Turen-. Nuestro coeficiente de vibración se está modificando.

Cada uno de los aparatos atacantes estaba controlado por un hombre distinto de la tripulación de Turen y daba las referencias necesarias en cuanto atacaba el aparato que estaba bajo su control.

En aquel momento, uno de los dos hombres dirigió la palabra a su jefe y éste sonrió.

-Creo que vamos a obtener la primera victoria -dijo Turen a Bert-. Nos ataca el aparato número dos y casi tenemos compensadas las cargas eléctricas de su masa.

En efecto, el aparato señalado se dirigió en línea recta hacia el de Turen, bañándolo con un haz de luz anaranjada.

Turen pulsó el botón y tres de aquellos extraños proyectiles-ventosa fueron a pegarse al aparato enemigo, junto a los muchos que ya habían conseguido establecer el contacto.

A partir de aquel instante, Turen comenzó a maniobrar su astronave como si se hubiera vuelto loco.

-¡Lo hemos conseguido! ¡Pero ahora intentará estrellarse contra nosotros!

La nave enemiga maniobraba desesperadamente, intentando entrar en colisión con la de los hombres de Ortón.

Sólo la extremada pericia de Turen y su sangre fría le permitían evitar el choque a cada instante.

En uno de aquellos asombrosos regates, el aparato adversario pasó por encima del de Turen e intentó virar para volver a la carga, pero una terrible explosión que iluminó un vasto confín del firmamento desintegró la maravillosa astronave, reduciéndola a polvo cósmico.

-¡Hurra! -gritó Bert entusiasmado por aquel éxito.

Pero su entusiasmo no parecían compartirlo los hombres de la tripulación, los cuales ni siquiera echaron una ojeada al lugar donde había hecho explosión el aparato. Por el contrario, sus ojos se fijaron en los instrumentos de registro y el gesto de sus caras no fue muy alentador.

-Estamos heridos de muerte -le dijo Turen-. Traiga aquí a la señorita.

Aquellas palabras cortaron de raíz el entusiasmo de nuestro amigo y se apresuró a obedecer la orden.

Lisabet estaba en el mismo sitio en que la había dejado y le recibió con una interrogación:

-¿Qué sucede, Bert?

-No comprendo nada de lo que sucede -respondió el hombre, sin querer transmitirle las palabras de Turen-. El jefe de la nave me ha pedido que te lleve a la cabina de dirección.

Desató el cinturón que sujetaba a Lisabet a su silla y la ayudó a caminar hasta que alcanzaron la cabina de pilotaje.

El segundo de los aparatos estallaba en aquellos momentos a unos kilómetros escasos del de Turen y el resplandor de la explosión iluminó el rostro de cuantos estaban en la cabina.

-Ya hemos conseguido deshacernos de ellos -dijo Turen.

-No parece estar usted demasiado alegre -respondió Bert.

-Procuraré explicarle rápidamente la situación, pues es muy poco el tiempo de que disponemos, antes de que esta nave estalle en mil pedazos.

-Las armas que hemos empleado contra esos hombres -continuó Turen- y las que ellos han empleado contra nosotros son distintas. Nosotros disponemos de una materia que no existe en Kaudak y que, en contacto con la de sus astronaves, modifica la densidad eléctrica de las mismas, hasta hacerlas estallar, como usted mismo ha podido ver.

-Ahora comprendo. Los proyectiles-ventosa están construidos con esa materia, ¿no es cierto?

-Así es. El problema estriba en conectar el suficiente número de los mismos, hasta conseguir esa saturación eléctrica.

-¿Y ellos qué arma han empleado?

-Sencillamente, ondas luminosas y electromagnéticas -respondió Turen-. Usted ha visto cómo nos enviaban sus rayos de luz multicolor. Las longitudes de onda de la gama del espectro visible van desde 7.000 angstrom[(1)] hasta 4.000. Estas ondas producen transformaciones químicas en la retina del ojo, las cuales ocasionan la sensación de la visión.

-Lo sé -respondió Bert.

-Entonces no ignora que, por encima y por debajo de esas dos cifras, hay multitud de ondas, las cuales son invisibles para el ojo humano.

-Completamente de acuerdo.

-Cada vez que esos aparatos pasaban por encima de nosotros y parecían no emitir luz, lo que hacían en realidad era enviarnos trenes de ondas de mayor o menor longitud de la que puede captar el ojo. La mayoría de esas ondas pierden su energía, convirtiéndose en calor, al ser absorbidas por la materia.

-Lo entiendo -dijo Bert.

-Pues bien. Nos han bombardeado con esas ondas, procurando que las distintas pasadas tuvieran un gran desequilibrio. Con aquello han

conseguido alterar el equilibrio térmico de la materia con que está construida esta astronave. Esto modifica su estado de vibración, pero como nuestros motores hacen vibrar el aparato de una manera constante, el único resultado alcanzable será la desintegración del mismo, por causas parecidas a las que hicieron estallar en el aire a los primeros aviones supersónicos que construyeron los terrestres.

-¿Quiere decir ello que debemos prepararnos a morir? -preguntó Bert sin que la voz se le alterara lo más mínimo.

-Por lo menos quiere decir que debemos intentar abandonar el aparato -sonrió Turen.

Turen les hizo mirar hacia un punto del espacio.

-He ahí Ortón. Un planeta seis veces más pequeño que la Luna, pero donde estoy seguro que seríamos recibidos con agrado.

-¿Podremos alcanzarlo?

-Con nuestro aparato no, amigo Sterling, pues no tardaremos más de tres minutos en saltar hechos pedazos.

Los hombres del equipo de vuelo habían abandonado sus puestos, pasando al interior de una cabina lateral.

Los dos terrestres fueron llevados hasta la cabina en donde se hallaba el resto de la tripulación.

-Este es nuestro equipo de salvamento -dijo Turen señalando una serie de esferas, de unos ochenta centímetros de diámetro que, colocadas sobre un canal, estaban adosadas a la pared de la izquierda.

-Cada uno de nosotros hará el viaje hasta la atmósfera de Ortón en el interior de una de esas esferas. El material de que están hechas está combinado magnéticamente con el de dicha atmósfera. Ello nos permitirá llegar hasta allí, si Dios quiere.

Turen pulsó un botón y todas las esferas se abrieron en dos mitades.

-Ustedes serán los primeros en abandonar la astronave. Métanse en dos de esas esferas.

Lisabet y Bert obedecieron la orden y se encogieron cuanto les fue posible para permitir que las esferas fueran cerradas de nuevo.

Antes de hacerlo, Turen les dirigió la palabra.

-Encontrarán muchas cosas extrañas cuando lleguen a su destino, que ahora no puedo explicarles; procedan según les indique su sentido común. Hemos enviado aviso a Ortón de lo que sucede. Espero que puedan salir a buscarnos.

-Comprendido -dijo Bert.

-¡Buena suerte! -exclamó Turen.

Volvió a pulsar el botón y las dos esferas se cerraron herméticamente.

Miró a Bert y Lisabet y les dirigió una última sonrisa, al tiempo que les hacía un cariñoso saludo con la mano.

Unos segundos más tarde apretó un botón que tenía a la altura de su hombro.

Bert sintió que el suelo se hundía bajo sus pies.

Una extraña sensación de vacío le subió desde el estómago a la garganta y pareció que toda su sangre quería agolparse en su cabeza.

Sintió un mareo y estuvo a punto de desmayarse pero, afortunadamente, la sensación no duró más que unos segundos.

La esfera en que navegaba parecía hundirse en el oscuro océano celeste y, por un segundo, tuvo la sensación de ser el único habitante del Universo.

El hecho de que avanzara de espaldas hacia su objetivo y la imposibilidad que tenía de moverse en tan reducido espacio, le impedía ver Ortón, el misterioso planeta hacia el que se dirigía.

Durante unos segundos pudo ver la esfera en la que iba encerrada Lisabet, luego nada. Una absoluta oscuridad envolviéndolo todo.

CAPÍTULO VIII

Bert notó que una débil claridad iba llegando hasta sus ojos.

Esta claridad fue creciendo en intensidad hasta convertirse en una suave luz blanco-azulada que invadió por completo el interior de la esfera.

Prestando una mayor atención pudo comprobar que la luz era más intensa en el espacio inmediato a la esfera transparente e iba subiendo de tono, hasta hacerse casi roja.

Algunas estelas de azuladas chispas vinieron a demostrarle dos cosas. La primera, que ya debía encontrarse en la atmósfera de Ortón. La segunda, que su descenso se hacía cada vez más lento, pues las chispas huían a menor velocidad a cada instante que transcurría.

Contorsionándose lo más que pudo, dirigió sus ojos en distintas direcciones, intentando localizar la esfera en la que viajaba Lisabet, pero todo fue inútil. El halo rojizo que le envolvía impedía ver a una distancia mayor de unos cuantos metros.

El halo rojo que lo envolvía se fue aminorando. Primero tomó un tinte color rosa; más tarde desapareció por completo y de nuevo fue iluminado por la luz blanco-azulada.

Por un azar que no sabría explicarse, la esfera giró sobre su eje y sus ojos pudieron contemplar en la lejanía, la superficie de Ortón.

Ésta era lisa y brillante, sin que pudiera apreciarse en ella la más ligera protuberancia.

Tanto su aspecto como su tamaño le hicieron lanzar una exclamación de profunda sorpresa.

-¡Una isla en el espacio! -dijo en voz alta.

Bert apenas si podía creer lo que estaba viendo. Por una extraña casualidad, aquel planeta perdido en la inmensidad del cosmos tenía la exacta apariencia del que él describiera en su última novela titulada "Una isla en el espacio".

De todo cuanto le había sucedido, aquello era lo más asombroso.

Había una descripción en su novela que concordaba perfectamente con lo que él estaba viendo desde su privilegiado puesto de observación.

Se pellizcó una pierna para convencerse de que no estaba soñando y devoró con la mirada la brillante superficie a la que se aproximaba cada vez más.

Una pregunta se iluminó en su cerebro: ¿Sería también hielo aquella superficie, tal como él decía en su novela?

La contestación iba a tenerla inmediatamente.

Un minuto más tarde, la esfera se posó en el suelo.

Turen no les había explicado cómo salir de aquel artefacto, pero a la altura de su mano derecha había una especie de conmutador que debía ser

el mecanismo que abriese el curioso vehículo sideral.

Dio media vuelta a la llave y, efectivamente, la esfera se abrió en dos mitades.

Salió de su interior y estiró sus miembros entumecidos, haciendo varias flexiones.

La fría atmósfera llevó un soplo helado a sus manos y rostro.

Dirigió su mirada en todas direcciones y no pudo ver otra cosa que una inmensa masa helada de una transparencia inaudita y, a través de ella, podía verse el lecho terroso sobre el cual se asentaba.

Aquella tierra que se divisaba a través del hielo tenía una extraña tonalidad verde-amarillenta y daba al inmenso glaciar unas fantásticas irisaciones.

Repuesto de su primera sensación de admiración y asombro llevó sus pensamientos hacia la muchacha. ¿Qué habría sido de Lisabet? ¿Habría podido descender sobre la helada superficie de Ortón o, por el contrario, su destino habría tenido un signo más trágico?

-¡Lisabet! -gritó con todas las fuerzas de sus pulmones.

El silencio fue la única respuesta a su angustiosa llamada.

-¡¡Lisabet!! -volvió a gritar.

Tres o cuatro veces gritó el nombre de su amada, pero sin resultado positivo.

Se sentó sobre el hielo y quedó abatido durante unos minutos.

Por fortuna, aquella depresión duró poco. La inmovilidad le hizo sentir más el frío y se puso nuevamente en pie.

Una idea se fue formando en su mente: quizás Lisabet estaba oculta en cualquier pequeña irregularidad del terreno y necesitaba cuanto antes su auxilio.

Intentó calcular la posible trayectoria que habían llevado desde el momento en que se desprendieran del aparato que comandaba Turen, pero fue en vano.

Decidió ponerse en manos de la providencia y comenzó a caminar en una dirección cualquiera.

No sabría decir cuánto tiempo estuvo andando. Su reloj se había parado hacía mucho rato.

Al cabo de un lapso indefinido vio a lo lejos una mancha oscura sobre la inmaculada blancura de los hielos.

-¡¡Lisabet!! -gritó.

Echó a correr en dirección a aquel punto. Por el camino se atormentaba su mente con un pensamiento: ¿Sería la muchacha o alguno de los hombres de la tripulación de Turen?

Pero pronto pudo desechar sus temores.

Aquel cuerpo que yacía en el suelo, junto a la abierta esfera, era el de su

amada.

En veloz carrera salvó la distancia que le separaba y se arrodilló junto al cuerpo inerte.

-¡¡Lisabet!! ¡Amor mío! -dijo al tiempo que estrechaba contra su pecho la adorable cabeza de su amada.

Lisabet dio un profundo suspiro y abrió los ojos.

-¡Bert! ¡Bert! -exclamó la joven al posar sus ojos en el hombre.

-¿Qué te ha sucedido, Liz? -preguntó Bert.

-Me di un golpe en la cabeza en el momento de tomar tierra -respondió la muchacha-, pero ya va pasando.

Con la ayuda de Bert logró ponerse en pie.

-¡Qué extraño mundo! -suspiró la muchacha entre asombrada y llena de admiración.

-¿Puedes caminar? -preguntó Bert.

-Sí, sólo fue un desvanecimiento pasajero.

Se pusieron a caminar lentamente. Su presencia sobre la inmensa superficie helada daba una mayor dimensión a la terrible soledad.

CAPÍTULO IX

Durante horas y horas caminaron sin descanso.

Ni una casa, ni el más leve vestigio de vida se tropezaron en su desesperante peregrinar.

-Lo que más me agobia es la monotonía del paisaje -dijo Lisabet, en cierta ocasión-. ¿Pero es que este mundo está deshabitado?

-Turen parecía un hombre sincero y bueno -respondió Bert-. El nos dijo que este mundo nos acogería con satisfacción.

-Quizás hemos tomado tierra en una parte totalmente deshabitada. Es como si un viajero de los espacios siderales hubiera aterrizado en cualquiera de los polos terrestres.

Bert admitió en su fuero interno aquella posibilidad, pero se guardó mucho de hacer el menor eco a las palabras de la muchacha.

-Este planeta es seis veces más pequeño que nuestra Luna -dijo-. Aquí las distancias son mucho más pequeñas que en la Tierra. Ello nos permitirá alcanzar algún lugar habitado en un espacio de tiempo relativamente corto.

En el inmenso silencio de aquel mundo vestido de blanco sonaban las pisadas de nuestros dos amigos taladrando la virgen atmósfera de Ortón.

Lisabet se encontraba cada vez más agotada, y las paradas que hacían para descansar eran cada vez más frecuentes y prolongadas.

-Me siento desfallecer -dijo.

-No pierdas la esperanza, querida. Es mucha la distancia que hemos recorrido y no tardaremos en encontrar lo que buscamos.

Bert oteaba el horizonte y su desaliento era mayor cada vez, aunque tuviese buen cuidado en no dejárselo traslucir a Lisabet.

Cuanto abarcaba su vista no era más que hielo. Hielo del que no se veía sobresalir ninguna casa, ningún detalle que permitiese sospechar la presencia de seres humanos. ¡Ni siquiera una mancha de color sobre la blancura infinita de la llanura helada!

Lisabet había caído al suelo en distintas ocasiones y sólo un enorme esfuerzo de voluntad le había permitido reponerse y continuar la marcha.

Cuando cayó aquella vez ya no tuvo fuerzas para levantarse.

-¡Continúa tú solo! -le dijo a Bert en cuanto éste se arrodilló a su lado-. Es inútil que muramos los dos. ¡Intenta encontrar a los hombres de los que nos habló Turen!

-Es inútil que insistas, querida. Lo que sea del uno habrá de ser del otro.

-Yo no puedo más, Bert. Si me pusiera de pie volvería a desplomarme de nuevo sin poder dar ni un solo paso.

-Descansaremos.

-Te digo que es inútil, Bert. Sé que he llegado al límite de mis fuerzas.

Bert tragó saliva y no contestó nada. Su decisión de continuar al lado de

la muchacha era firme y nada le haría volver atrás de su acuerdo.

Permanecieron sentados y Lisabet se durmió a consecuencias del inmenso cansancio que sentía.

Bert sabía que aquella situación no podía prolongarse mucho. Estaban desfallecidos y cada vez sentían más el frío. Como fuera, había que seguir caminando.

Tras pensarlo unos instantes tomó una decisión. Cogió amorosamente a Lisabet en sus brazos y comenzó a andar.

Arrastrando los pies sobre el transparente hielo y aprisionando entre sus brazos la preciosa carga que llevaba, consiguió avanzar tres o cuatro millas.

Por fin se dejó caer en el suelo. También él había llegado al límite de sus fuerzas y se sentía incapaz de avanzar un solo metro más.

Dejó a Lisabet en el suelo y él se tendió boca abajo, respirando fatigosamente.

De pronto vio algo que le hizo dar un vuelco al corazón. ¿Sería cierto lo que veían sus ojos o mera ilusión de sus sentidos agotados?

Procuró serenarse y miró atentamente a través de la espesa capa de hielo, transparente como el aire puro de la mañana.

-¡Liz! ¡Liz! ¡Despierta! -dijo al tiempo que sacudía con energía a la muchacha-. ¡Despierta, querida!

Lisabet hizo un esfuerzo para salir del profundo sopor en que estaba sumida y abrió los ojos.

-¿Qué sucede? -preguntó con voz débil.

-¡Mira! ¡Mira! -exclamó Bert señalando al suelo con su mano extendida.

Lisabet dirigió sus ojos hacia aquel lugar y no pudo reprimir una exclamación de asombro.

¡Debajo mismo de donde se encontraban, enterrada bajo la gruesa capa de hielo, podía verse la regular extensión de una ciudad!

Una ciudad multicolor, cuyos edificios estaban aprisionados por la enorme masa de hielo transparente y que parecía estar dormida, quizás muerta, en el interior de aquel fantástico mausoleo de hielo.

CAPÍTULO X

-¿Que significa esto, Bert? -preguntó Lisabet con voz muy débil.

-¡Es el espectáculo más asombroso que he visto en mi vida! -dijo Bert-. ¡Y sin embargo ya lo conocía!

Aquellas palabras hicieron que la joven mirara a su compañero con extrañeza.

-¿Que ya lo conocías? No comprendo cómo...

-¡Ahora recuerdo! ¡También yo tengo una idea de algo parecido! ¡Tu novela, Bert, tu novela!

-Así es -admitió Bert-. En "Una isla en el espacio" sale algo semejante.

Si asombrosa era la visión que tenían ante sus ojos, más lo era aún la coincidencia de que cuanto estaban viendo era semejante en todo a las fantásticas descripciones que hiciera Bert en su última novela.

-Parece una ciudad abandonada bajo los hielos -murmuró Lisabet-. Sus calles están vacías y parece como si jamás hubiera sido habitada.

Los ojos no se cansaban de mirar a través de la cristalina capa, posándose en los mil detalles de aquella asombrosa ciudad, enterrada bajo el hielo como los fósiles de los grandes reptiles encontrados en algunos fríos parajes de la Tierra.

Los edificios eran de regular altura y semejaban ser majestuosos torreones, separados entre sí algunos metros. Esta disposición hacía que no hubiesen calles propiamente dichas y se pudiera transitar por entre aquellos edificios como entre los árboles de un bosque.

No todos los edificios eran iguales aunque sí podía constatarse que las diferencias no eran muy grandes. Todos estaban construidos con aquel material desconocido, del que ya Bert tuviera algunas noticias.

-¿Quiere decir esto que nos encontramos cerca de algún núcleo civilizado? -preguntó esperanzadamente Lisabet.

Bert no sabía qué contestar. Cuanto alcanzaba su mirada estaba cubierto por la lisa superficie helada.

La misteriosa ciudad quedaba a muchos metros por debajo de los dos angustiados terrestres, como un desesperante espejismo ante los ojos de un moribundo en el desierto.

De pronto vieron algo que aún les llenó de una mayor sorpresa.

De una de las grandes torres que quedaban a su izquierda empezó a surgir un extraño ingenio. Se trataba de un tubo metálico de unos veinte centímetros de diámetro y gran flexibilidad. En su extremo había un artefacto, parecido a la cabeza de una serpiente, y de una anchura algo mayor que la del tubo. Aquella metálica cabeza de reptil giraba a inmensa velocidad, taladrando velozmente la capa de hielo.

-¡Es un ingenio construido por seres humanos! -exclamó Bert.

Nuestros amigos no sabían a ciencia cierta qué significado podía tener aquello, pero su corazón se abrió de nuevo a la esperanza.

El metálico tubo se iba alargando y su cabeza giratoria se aproximaba a la superficie.

Bert modificó un tanto la posición de su cuerpo, al objeto de ver con mayor precisión el raro ingenio. Pero al hacer los movimientos necesarios posó por un instante sus ojos en el cielo.

-¡Mira, Lisabet! -exclamó.

La muchacha se volvió con dificultad y dirigió su mirada hacia un punto que señalaba Bert con el brazo extendido.

-¡Una nave! ¡Quizás vienen a salvarnos!

-Es un aparato igual al que nos atacó cuando viajábamos en la astronave de Turen -dijo.

El aparato volaba a una enorme velocidad y cubrió la distancia que lo separaba de los dos terrestres en muy pocos segundos. Picó sin aminorar la marcha y pasó sobre nuestros amigos, sin casi hacer ruido.

Poco antes de estar en la vertical se desprendió de la astronave una extraña corona luminosa, la cual fue descendiendo pausadamente hasta posarse a unos doscientos metros del lugar que ocupaban.

Apenas aquella corona circular entró en contacto con él suelo se oyó una poderosa explosión seguida de un vivísimo resplandor.

-¡Huyamos de aquí! -gritó Bert.

Lisabet intentó levantarse, pero le fue imposible.

-¡No puedo tenerme de pie, Bert, no puedo!

-Entonces no te muevas. Quizás desistan de continuar el ataque si nos creen muertos.

La nave del espacio describía una gran curva en aquel instante y parecía disponerse a volver a la carga.

Mientras tanto, el extraño ingenio que vieran surgir de una de aquellas torres había conseguido salir a la superficie, levantándose unos metros sobre la llanura de hielo la acerada cabeza de reptil.

Giró lentamente en medio de un impresionante y majestuoso silencio y finalmente se detuvo. El tubo flexible se fue curvando y la cabeza metálica quedó en sentido horizontal, apuntando a la astronave que, en aquel momento, volvía a picar en dirección a los dos terrestres.

Las distancias se acortaban a velocidad de vértigo y la nave sideral lanzaría de un momento a otro su mensaje de muerte.

Pero entonces sucedió lo inesperado. La cabeza metálica escupió por el agujero un extraño rayo de vaporosa apariencia.

Era como si una máquina del tren soltase su escape de vapor, sólo que a una velocidad muy superior.

La nave se vio envuelta de lleno por aquel chorro de vapor, de un color

amarillo-verdoso, y estalló en el aire con fulgurante llamarada.

-¿Qué ha ocurrido? -preguntó Lisabet.

-El aparato que nos atacó hace unos instantes cargaba de nuevo contra nosotros, pero ese extraño ingenio surgido de la ciudad ha terminado con él de manera inesperada.

Lisabet fijó sus ojos en la cabeza metálica e instintivamente se apretó sobre el pecho de Bert.

-Se está moviendo -dijo-. ¡Parece que se dirige hacia nosotros!

Bert comprobó que, efectivamente, era así.

El largo cuello metálico se fue curvando hasta que la cabeza estuvo a un metro escaso del suelo, apuntando en la dirección de nuestros amigos.

Como una serpiente que fuera desperezando sus anillos, el tubo fue saliendo en mayor cantidad del interior de la masa helada y avanzando lentamente hacia los terrestres.

La cabeza metálica quedó a poco más de dos metros de nuestros amigos y ambos fijaron su mirada aterrorizada en el pequeño agujero por el que saliera el vapor que destruyera a la astronave.

Durante un par de minutos permanecieron inmóviles mientras aquella extraña serpiente metálica balanceaba suavemente su cabeza.

-Debemos intentar marcharnos de aquí -susurró Bert al oído de la muchacha.

-No tengo fuerzas para dar ni un solo paso -casi sollozó la muchacha.

-De todos modos, hemos de intentarlo -repuso Bert.

-¡Vete tú, Bert!

-Sabes que no lo haré sin ti, querida.

-He agotado mis fuerzas por completo.

-No importa. Si es preciso te llevaré en mis brazos.

Bert se fue poniendo en pie con gran cuidado. Su situación era la misma que la del cazador que se encuentra inerme frente a una poderosa fiera y pretende apartarse de la misma sin hacer ningún movimiento exagerado que pueda provocar el ataque.

Cuando estuvo de pie se inclinó sobre Lisabet y la cogió en brazos.

Pero apenas Bert intentó dar unos pasos, surgió por el redondo agujero un blanco relámpago y cayó al suelo con su preciosa carga.

Intentó levantarse, pero no pudo. Parecía como si la atmósfera se hubiese solidificado, aprisionándolos a los dos con incalculable fuerza.

-¡No puedo moverme! -exclamó Lisabet.

Bert quiso volverse hacia la muchacha pero le fue imposible. ¡No podía mover ni un solo dedo!

Una niebla rojiza comenzó a extenderse sobre los dos terrestres y un olor dulzón y penetrante hirió su olfato.

Una extraña sensación de laxitud comenzaba a anular su voluntad.

Lentamente fue perdiendo la consciencia de las cosas y quedó sin conocimiento. Estaba en la misma posición en que cayera al suelo y sus ojos abiertos miraban al vacío.

Lejos de allí, a unas dos millas de distancia, un equipo de seis hombres, salidos a través de un túnel excavado en la gruesa capa de hielo, se ponía en marcha hacia el lugar donde yacían los dos terrestres.

CAPÍTULO XI

Cuando Bert abrió los ojos vio una cara conocida que lo miraba sonriente.

-¡No se ha portado mal, para ser su primer viaje interplanetario!

-¡Turen! -exclamó Bert entre sorprendido y admirado.

-Ya va sintiéndose mejor, ¿verdad? -dijo Turen con voz de amistoso acento.

Bert cerró los ojos unos segundos para concentrar sus ideas.

-Nuestros científicos me han dicho que se encuentra usted en perfectas condiciones después del tratamiento a que lo han sometido.

-¿Y Lisabet? ¿Cómo se encuentra Lisabet?

-No tiene que preocuparse por la muchacha. Está perfectamente. Hace un día que ha podido levantarse de la cama.

-¿Dónde está ahora?

-No debe hallarse muy lejos de aquí. He tenido que arrancar a mi hermana de su sueño invernal para que le haga compañía.

Bert no comprendía lo que querían decir las palabras de aquel hombre, pero eran tantas las cosas que tenía que preguntar, que hubo de prescindir de pedir una aclaración.

-¿Puedo saber lo que ha sucedido, Turen?

-La historia es bien sencilla: nosotros caímos bastante lejos del lugar en que ustedes hicieron su aterrizaje forzoso; ello nos impidió auxiliarles.

-¿Cómo hemos venido a parar aquí?

-Fue detectada su presencia sobre la superficie helada mucho antes de que se acercaran a Silko, de tal modo se llama ciudad que ustedes vieron a través de los hielos, y que no es otra que la capital de Ortón.

-Vimos salir de las profundidades un extraño ingenio...

-Ya sé -cortó Turen-. Es una de nuestras armas. Una de las partes de la cabeza metálica es un aparato de televisión, capaz de transmitir a la estación receptora no sólo la efigie de un ser, sino su constitución orgánica, composición de la sangre, metabolismo, estado fisiológico, etcétera...

-Una de las astronaves enemigas intentó atacarnos.

La cara de Turen se ensombreció.

-Quería hacerle unas preguntas respecto a ese particular, señor Sterling.

-Llámeme Bert -dijo nuestro héroe-. Incluso creo que debemos tutearnos. ¡Después de todo es el mejor amigo que tengo en este mundo!

Turen sonrió complacido.

-Ciertamente, Bert -respondió Turen-. También tú eres el mejor amigo que tengo en la Tierra. ¡Claro, que ni yo tengo otro allí ni tú tienes aquí ninguno más! Pero por lo que a ti respecta, al menos, no tardarás en tener otros entre nosotros.

Los dos hombres se estrecharon las manos, sellando así su pacto de amistad.

-¿Recuerdas en qué circunstancias se produjo el ataque de la nave del espacio enemiga? ¿Fue destruida en su primer intento de atacarte o ya os había dado alguna otra pasada?

Bert contó detalladamente cómo se había desarrollado la operación y la cara de Turen se fue poniendo grave.

-¿Después de la primera pasada se acercó mucho a tierra?

-Sí -contestó Bert-. Para salir del picado tuvo que describir una curva cuyo punto máximo de acercamiento a la tierra llegó a unos veinte metros.

-¿Estás seguro de no haberte equivocado, Bert?

-Completamente. ¿Acaso tiene eso alguna importancia?

Turen no contestó nada, limitándose a mover la cabeza afirmativamente.

-Estoy seguro de lo que te he dicho -confirmó Bert-. Pasó a una distancia no superior a los veinte o treinta metros.

-Está bien. Tendré que informar de ello. ¡Lástima que nuestro sondeador no estuviese fuera en el momento de la primera pasada!

-De cualquier modo, estuvo listo en el momento oportuno -sonrió Bert-. ¡Estoy seguro de que no hubieran fallado el blanco en la segunda pasada!

-¡Ahora tendrán ocasión de hacer blanco en más de una ocasión! -suspiró Turen.

Las palabras de aquel hombre seguían siendo un misterio para nuestro amigo, pero se abstuvo de preguntar nada sobre el particular.

-¿Puedo saber concretamente dónde estoy, Turen?

-Te encuentras en la ciudad que viste a través de la capa de hielo.

-¿Pero cómo es posible eso? ¡Si el hielo aprisionaba por entero a la ciudad!

-En conjunto, sí -respondió Turen-. Pero cinco de las torres que viste tienen un régimen especial. En el interior de las mismas está lo que nosotros llamamos Guardia Especial. Cada una de estas torres tiene un ascensor-taladro que sirve para hacer salidas de emergencia.

-Ya voy comprendiendo.

-Lo que no sabes es que no es hielo lo que nos recubre.

-¿Entonces de qué sustancia se trata?

-Es una mezcla desconocida en la Tierra. Al principio tiene carácter gaseoso y está constituida por nuestra atmósfera y las emanaciones que periódicamente se desprenden de la materia sólida que constituye nuestro pequeño planeta. Cuando la mezcla está saturada se congela, dándole esta apariencia de hielo. Esto sucede cada trescientos quince días terrestres y dura ochenta y nueve.

-¿Y qué hace tu pueblo durante todo este tiempo?

-Dormir. Sencillamente, dormir.

-No te comprendo.

-Si quieres seguirme lo comprenderás mejor.

Bert se incorporó en la cama y vio con sorpresa que se encontraba en la plenitud de sus facultades.

-¡Me encuentro estupendamente! ¿Cómo ha sido posible una recuperación tan rápida?

-Nuestros médicos saben algunas cosas en ese terreno -sonrió Turen-. Han bastado tres días de sueño total y algunas inyecciones para conseguir tu restablecimiento.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció un hombre de unos cuarenta años, de rostro bondadoso y mirada sonriente.

-Las cosas comienzan a marchar, ¿verdad? -dijo a manera de saludo.

-Es el doctor Tarba -presentó Turen-. Su nombre significa en nuestra lengua: “el que hace lo imposible”. Él se ha encargado de ti durante estos días.

-Le agradezco cuanto ha hecho, doctor -dijo Bert al tiempo que le estrechaba la mano.

-Una cosa me sorprende: ¿es que aquí habla todo el mundo mí lengua?

-Todos los habitantes de Ortón hablamos la mayor parte de las lenguas de la Tierra. Quizás le sorprenda esta afirmación, pero es absolutamente cierta.

-Sin embargo no tiene nada de sorprendente -sonrió el doctor-. Nuestros aparatos captan a la perfección las emisiones terrestres.

-¡Pero no basta con ello! -exclamó Bert.

-Al principio fue difícil comprender el significado de las palabras de vuestros distintos idiomas, pero nuestros eruditos hicieron un trabajo muy parecido a los egiptólogos que poseéis en la Tierra. Una vez descifrado el significado ya fue cosa fácil.

-¡Estoy asombrado!

-Quizás le asombre más saber -intervino el doctor-, que ese trabajo previo se realizó hace más de mil años. ¡Desde aquel entonces conocemos a nuestros “vecinos” de la Tierra! ¿Por qué se asombra usted si lo cuenta así, con ligeras variantes, en su novela “Una isla en el espacio”?

Aquellas palabras acabaron de confundir a nuestro amigo.

-¡Que usted ha leído también mi última novela! -exclamó.

-Puede estar seguro de que a nadie en la Tierra ha interesado tanto como a los habitantes de este planeta.

-Ahora vamos a hacer una visita para que comprendas algunas cosas más.

Salieron de la habitación y Bert pudo comprobar la estructura de aquella torre, al menos por su parte interior.

Los distintos pisos eran circulares y las puertas se abrían a una plataforma central. En medio de la misma había un hueco, perfectamente redondo, por donde discurría un rápido y silencioso ascensor.

Turen pulsó un botón y pronto se encontraron en el interior de la cabina. Luego descendieron hasta la planta inferior.

-Aquí hemos de recoger a unos pasajeros -sonrió Turen-. Creo que no te molestará su compañía.

Bert vio que se aproximaban dos siluetas femeninas. Una de ellas era una joven de unos veinticinco años, de pelo oscuro y graciosas formas. La mujer que caminaba a su lado no era otra que Lisabet.

La muchacha había echado a correr y no tardó en caer en los brazos de su amado.

-¡Estás más bonita que nunca! -exclamó el hombre.

-¡Esto es algo maravilloso, Bert! -suspiró la muchacha-. ¡Si mis amigas supieran qué estupendo instituto de belleza es este planeta!

Turen presentó a su hermana y Bert tuvo que admirarse de la soberbia y juvenil belleza de la muchacha.

-¡Si todas las mujeres de este planeta son parecidas -dijo Bert- no debería llamarse Ortón, sino Venus!

-¡Reconoce que son encantadores los terrestres, Turen! -dijo la muchacha a su hermano.

De nuevo se introdujeron en el ascensor y continuaron.

-No creía que fuera tan alta esta torre -dijo Bert descendiendo.

-Es que estamos penetrando en sus propios cimientos -repuso Turen-. ¡Es la única manera posible de que veáis nuestra ciudad en los momentos actuales!

Cuando llegaron al final de su trayecto, salieron a una serie de calles suavemente iluminadas por una luz azul.

-Ésta es nuestra ciudad subterránea -informó Turen-. Nadie vive aquí, excepto algunos hombres de la Guardia Especial. En la época del “deshielo” suelen utilizarse más estas calles que las de la superficie. Nos vemos obligados a ello por la actitud hostil de Kaudak.

Lo que era la parte sólida de aquel planeta estaba constituida por aquella extraña aleación amarillo-verdosa que ya conocían nuestros amigos.

Sobre sus cabezas se veían unos círculos refulgentes de luz blanquísima, que venían a corresponder a la base de aquéllos torreones que constituían el núcleo urbano de la ciudad.

Pero lo más asombroso fue el descubrimiento que hizo Lisabet.

-¡Mira, Bert! ¿Qué significa eso?

Bert se llenó de asombro al dirigir su mirada con atención a uno de aquellos círculos luminosos. La base de aquellas torres era de materia

transparente como el cristal y estaba brillantemente iluminada. Una pequeña escalera de caracol unía el suelo con aquellos círculos luminosos.

Pero no era aquel conjunto el que llamaba tan poderosamente la atención de los dos terrestres, sino un detalle muy particular: sobre los discos transparentes que formaban la base de los edificios ¡podían verse varias figuras humanas!

Hombres, mujeres, niños, estaban tumbados sobre la pulida superficie y completamente bloqueados por aquella masa sólida tan parecida al hielo.

-¡Están muertos! -exclamó Bert.

-Nada de eso -sonrió el doctor.

- ¡Pero si el peso de esa masa de hielo...! -dijo Lisabet.

-Está todo perfectamente calculado -cortó el doctor.

-¿Y por qué tener a estos seres en semejantes condiciones? -preguntó Bert.

Fue el doctor el que tomó la palabra.

-La sustancia de la qué está compuesto nuestro planeta atraviesa todos los años por un ciclo en el que desprende cargas eléctricas que destruyen parte del oxígeno de nuestra atmósfera. Entonces se produce la congelación de las capas inferiores. Si en ese período se cargase el resto de la atmósfera con suficiente cantidad de anhídrido carbónico, la mezcla sería explosiva, destruyendo todo vestigio de vida sobre la superficie de nuestro planeta. Es ello lo que nos obliga, durante ese período, a mantener a toda la población de Ortón en estado de vida latente. Sólo una Guardia Especial continúa en pie para atender a los distintos servicios y vigilar a los hombres de Kaudak. Mientras tanto, la atmósfera se va regenerando. Ochenta y nueve días más tarde vuelve todo a su cauce normal.

La explicación maravilló y satisfizo a nuestros amigos, los cuales continuaron su excursión subterránea por espacio de dos horas.

Cuando estuvieron de regreso a la torre de la que habían partido, les fueron indicadas cuáles habían de ser sus habitaciones y el régimen de vida a llevar hasta que se produjera la época del “deshielo”.

-Ya quedan muy pocos días -informó Turen.

De pronto, una terrible explosión sacudió hasta los cimientos del edificio.

Todos los reunidos se miraron con gesto de sorpresa y contuvieron la respiración.

Dos explosiones más siguieron a la primera; se producían sobre la superficie helada que se extendía sobre sus cabezas, pero las ondas explosivas hacían temblar los cimientos de la ciudad sepultada.

Turen se dirigió a una de las paredes e iluminó un círculo de la misma mediante una pequeña linterna que sacó de uno de sus bolsillos.

La cara de un hombre apareció en el círculo de luz.

--¿Qué sucede, Brot? -preguntó.

-Son aparatos de Kaudak -contestó el hombre-. ¡No comprendo cómo lo han conseguido!

-¿Qué armas emplean?

-Son bombas de una naturaleza desconocida.

-¿A qué altura han estallado?

-Eso es lo más extraordinario -respondió el llamado Brot-. Las explosiones han sido en contacto con la superficie.

-¿Se ha dado la alarma general a la guardia?

-Sí. Yo acabo de recibir instrucciones para que dispongamos en el acto nuestra escuadrilla. Me ordenan que tomes tú el mando.

Turen apagó su linterna y la pared volvió a adquirir su antigua apariencia.

Bert estaba asombrado por aquel extraño y formidable sistema de televisión.

-No os mováis de aquí -ordenó Turen-. El doctor Tarba os hará compañía y os explicará algunos pormenores sobre la situación.

Turen salió de la habitación y sus pasos se perdieron en la lejanía.

CAPÍTULO XII

Durante dos días, apenas si pudieron darse cuenta de lo que sucedía.

Cuantos se relacionaban con ellos estaban entregados a una intensa actividad y no era cuestión de interferirse en su camino con preguntas inoportunas.

Belma era la única que podía satisfacer la natural curiosidad de los dos terrestres, pero ella misma estaba desorientada.

Según les explicó, un ataque a Ortón por parte de los hombres de Kaudak era imposible.

Las cargas eléctricas de los materiales que constituían el planeta Ortón formaban lo que Belma llamaba una “atmósfera de tensión” que incapacitaba a los enemigos para intentar hacer un blanco sobre su superficie. Sólo un material similar al de Ortón podía conseguir semejante cosa, pero en todo Kaudak no había ni un solo gramo de materia que tuviese una constitución semejante.

Una pregunta estaba en todas las mentes: ¿Cómo habían conseguido los hombres de Kaudak hacer varios blancos sobre la superficie de Ortón?

Durante el tercer día, Bert fue llamado a la presencia de los máximos responsables del gobierno.

Por los ojos de nuestro amigo pasó nuevamente el fantástico espectáculo de aquel pueblo sumido en su extraño sueño y, por fin, llegaron bajo la opaca plataforma de la torre de gobierno.

Turen hizo una señal luminosa y la plataforma comenzó a iluminarse hasta convertirse en un brillante círculo, que parecía el ojo monstruoso de un titán.

Se descorrió una sección de la plataforma y un pequeño ascensor descendió silenciosamente hasta donde se encontraban.

Unos segundos más tarde desembocaban en una amplia habitación circular profusamente iluminada.

Turen y Bert avanzaron hasta situarse frente a los hombres que constituían el Consejo y nuestro amigo fue presentado.

Un hombre de unos cuarenta años, que ocupaba la presidencia de la mesa sonrió a los recién llegados y los invitó a sentarse con un gesto de la mano.

-Siento que nuestro recibimiento no haya podido hacerse bajo el signo de la armonía y la paz. Nuestro deseo hubiera sido que la primera visita de los terrestres, nuestros vecinos del espacio, se hubiera desarrollado tranquilamente y fuese la primera piedra para la comprensión mutua y el establecimiento de futuras relaciones. Una voluntad superior a la nuestra impide que así sea.

-Me hago cargo de la situación -contestó Bert- y no culpo a los hombres

de Ortón de la actual circunstancia que nos vemos obligados a sufrir. Sin embargo, quisiera decir unas palabras respecto a nuestra, presencia en este planeta.

Bert se detuvo unos segundos para medir sus palabras y luego comenzó a hablar.

-Puedo decir que no hemos sido maltratados y que se nos ha llenado de atenciones. Incluso nacido una sincera amistad entre Turen y yo. Sin embargo...

Bert se detuvo un instante.

-No temas expresarte con toda claridad -insistió el hombre que llevaba la voz cantante.

-Entonces he de decir que protesto por el motivo de que hemos sido raptados contra nuestra voluntad, viniendo a este planeta por la fuerza.

Los hombres que constituían aquel Consejo miraban con simpatía a Bert y asentían con la cabeza, como haciéndose cargo de la justeza de las palabras de éste.

-Si tienes un poco de paciencia, te explicaremos cuales han sido los poderosos motivos por los que nos hemos visto precisados a obrar de semejante manera.

-Ya conoces la existencia de estos dos planetas que, como hermanos gemelos, pueblan una pequeña porción del inmenso Universo -dijo Krieg-. Lo que no sabes, quizás, es que los hombres que os atacaron a ti y a la mujer en la Tierra pertenecían a ese planeta enemigo.

-También sobre eso me ha dicho algo Turen.

-Pues bien. Si os hemos traído hasta aquí ha sido para defender vuestras vidas.

-¿No crees que estarían mejor defendidas si continuasen en la Tierra, en medio de una sociedad que conocemos y donde existen unos derechos para los ciudadanos?

-Ni tú, ni Lisabet estaríais jamás seguros en la Tierra. Los hombres de Kaudak cifran en vosotros una de sus mayores esperanzas para poder exterminarnos; ello los haría acosaros sin cesar, costase lo que costase.

-¡Eso es un absurdo! -dijo-. ¿Qué interés pueden tener por nosotros, ni qué podemos tener que ver con la lucha que haya planteada entre estos dos planetas? ¡Todo eso es una fantasía, un delirio sin fundamento!

-¿No te sorprendió que los hombres que te atacaron en la carretera y los que lo hicieron más tarde en el muelle abandonado sobre el río Hudson no te mataran? Para ellos hubiera sido extremadamente fácil hacerlo.

-Reconozco que es así, pero eso no altera la cuestión en su fundamento. ¿Qué podemos significar nosotros para seres de los que no teníamos ni siquiera la más vaga noción de que pudieran existir?

-La razón es tan sencilla que no se te ocurre pensar en ella -sonrió

Krieg.

-¡Pero qué razón! -exclamó nuestro amigo al borde de perder la paciencia.

-Ha sido tu fantasía la que ha acarreado sobre ti estos sinsabores. ¿Acaso no has escrito una novela que se titula “Una isla en el espacio”?

-Ciertamente. Quizás a mi editor le llenase de alegría que soy conocido hasta en este planeta -contestó Bert con cierto sarcasmo-, pero a mí me llena de zozobra y de asombro.

-¿No has encontrado nada extraño en Ortón?

-Son muchas las cosas extrañas que he encontrado -confesó Bert sinceramente-. Quizás lo más extraño de todo ha sido el parecido que le he encontrado a este planeta con el que yo describo en mi novela, hijo de mi fantasía.

-¡Ahí tienes la clave! -exclamó triunfalmente Krieg-. La coincidencia es tan asombrosa que pareces referirte a nuestro planeta.

-Los hombres de Kaudak han creído ver en ti a alguien que conoce nuestros secretos. Su afán por destruirnos los impulsa a aprovechar cualquier posibilidad, por remota que ésta sea. Quizás piensan que eres capaz de darles la clave para vencer nuestras defensas.

-Nosotros sospechamos siempre que se trataba de una simple casualidad -continuó Krieg-, pero nuestros enemigos no han querido desaprovechar la ocasión.

-Podéis estar seguros que el más puro azar ha movido los hilos de este fantástico tinglado. ¡Mi novela es un mero producto de la fantasía!

-Así lo entendemos nosotros. Turen te rescató de las manos de esos hombres y os trajo a Ortón. Espero que ahora nos comprendáis y esperamos que podáis perdonarnos.

-Por mi parte queda zanjada la cuestión -respondió Bert-. Nuestro único deseo es volver a la Tierra.

-Pronto será cumplido -prometió Krieg-. La incruenta guerra de Ortón y Kaudak va a entrar en una fase distinta y no queremos que vosotros tengáis que sufrir las consecuencias.

-¿Cómo es posible que nuestros enemigos hayan conseguido atravesar la barrera de tensión eléctrica? -preguntó uno de los hombres que se sentaba a la izquierda de Krieg-. Hasta ahora ésa era la gran dificultad que tenían nuestros adversarios para atacarnos. ¿Acaso han encontrado la solución en la Tierra?

La pregunta iba dirigida indirectamente a Bert y éste tomó la palabra:

-Nadie en la Tierra, ni aun los más expertos científicos, supone la existencia de estos dos planetas.

Un breve y profundo silencio siguió a las palabras de Bert. Nuestro amigo parecía querer recordar algo, pero no llegaba a coordinar sus ideas.

De pronto, se dio una palmada en la frente.

-¡Ahora empiezo a comprender! Hay un detalle que considero de mucha importancia.

-¿De qué se trata? -preguntó Krieg.

-Este planeta era inaccesible para los habitantes de Kaudak debido a que los materiales de ambos son totalmente distintos, ¿no es cierto?

-Cierto -repitió como un eco Krieg.

-Sin embargo, yo he visto a los hombres que me atacaron en la carretera utilizar ciertos instrumentos construidos con materiales idénticos a los que componen todas las cosas de Ortón.

La declaración fue sensacional. Los componentes del Consejo se removieron nerviosamente en sus asientos y todos quisieron hablar al mismo tiempo.

-¿Cómo ha podido precisarlo? -preguntó alguien.

-Que diga de qué instrumentos se trata -dijo otro.

-¡Eso es absolutamente imposible! -exclamó un tercero.

-¡Dejemos al terrestre que se explique!

La confusión duró unos segundos, hasta que Krieg levantó una mano e impuso silencio.

Bert hizo un relato de lo que le sucediera en aquellos días, la extraña arma cuyos rayos eran capaces de desintegrar cualquier objeto en una décima de segundo.

-Se trata de un arma construida con “aurotita” -intervino Turen-. Un rayo semejante sólo se puede producir empleando el material que constituye la parte sólida de nuestro planeta. Tratado adecuadamente se convierte en un arma que nosotros ya poseemos desde hace muchos años.

-¿Es posible que nuestros enemigos hayan conseguido aterrizar sobre nuestro planeta, al objeto de llevarse algunas toneladas de material, Ulbis?

-Puedo asegurar que eso es imposible, Krieg. Si los hombres de Kaudak disponen de un material semejante es que han conseguido producir en el laboratorio lo que la naturaleza produjo hace millones de años, cuando estalló la estrella que dio origen a Kaudak y Ortón.

-Y si es así ya no somos invulnerables, prueba de ello fueron los proyectiles que el otro día enviaron contra nosotros.

Luego se dirigió a Bert.

-Te agradecemos tu información y puedo garantizarte que pronto saldrás hacia la Tierra en compañía de la mujer. Turen te acompañará a tu actual domicilio, mientras nosotros deliberamos sobre las medidas a tomar.

CAPÍTULO XII

Durante varios días, Lisabet y Bert permanecieron en la torre donde había sido fijada su residencia sin tener apenas otro contacto que el de Belma.

Muy grave debía ser la situación, por cuanto que el gobierno había decidido adelantar unos días la época del "deshielo", al objeto de disponer a todo el pueblo para la defensa.

Una semana más tarde recibieron la visita de Turen. El hombre se mostraba preocupado, aunque pretendía disimularlo bajo una capa de aparente buen humor.

-Espero que vuestras vacaciones en Ortón os estén resultando deliciosas -sonrió apenas se encontró ante sus dos amigos de la Tierra.

-No digo que funcione mal tu agencia de viajes -repuso Lisabet-, pero te aseguro que hubiese preferido unas vacaciones en Miami.

-Tienes razón. Quizás aún no estamos preparados para recibir a los turistas.

-¿Cómo es que no habéis tomado contacto con nuestro planeta antes? -preguntó Lisabet.

-Hace cientos de años que lo conocemos -contestó Turen-. Los terrestres son, por desgracia, demasiado belicosos. Ese es el motivo de que no hayamos querido entablar relaciones oficiales hasta el momento. Siempre hemos pensado que podía ser peligroso para nuestro pequeño mundo. Si los hombres son capaces de matarse entre sí, ¿de qué no serían capaces tratándose de un mundo distinto? Es algo que no conseguimos comprender del todo. ¡Ni los mismos hombres de Kaudak son capaces de luchar entre sí!

Bert tuvo que reconocer que no le faltaba razón a su amigo.

-Tu punto de vista está justificado, Turen. Hasta me atrevería a decir que hay muchos hombres en la Tierra que lo comparten.

La sinceridad de la confesión de Bert conmovió a Turen, el cual cambió de actitud.

-Sin embargo, ahora que os conozco a vosotros dos, creo que la Humanidad terrestre comienza a tener un núcleo de seres admirables con los que no seria malo comenzar a estrechar los lazos.

-Espero que algún día serás embajador cerca de los gobiernos de la Tierra -sonrió Lisabet-. No te faltan dotes diplomáticas. Tus últimas palabras nos han hecho tragar la amarga píldora de las primeras con relativa facilidad.

-Para mí es como un sueño -dijo la hermosa Belma-. ¡Son cosas tan extraordinarias las que me habéis contado de la Tierra!

-Espero que Turen te traiga a nosotros en la próxima expedición -

insinuó Lisabet.

Turen se puso serio y miró a su hermana.

-En la próxima, no. Tendrá que ser en la siguiente. Es preciso que me traslade a Kaudak. Nuestro gobierno necesita saber cuáles son los nuevos hallazgos que han permitido a nuestros enemigos romper la barrera defensiva por vez primera en nuestra historia.

Belma no dijo una palabra, pero la palidez de su finísima tez se acentuó.

Lisabet se aproximó a la muchacha y le rodeó cariñosamente los hombros con su brazo.

-¿Volverás pronto? -preguntó Bert.

-Todo depende de la suerte que tenga en el cometido de la misión que se me confía. Es posible que ya no vuelva a veros, pues vuestra marcha se prepara para dentro de muy pocos días.

-¿Cuándo?

-Saldréis al día siguiente del “deshielo”.

-Espero que aún tendrás tiempo para regresar a despedirnos -dijo Bert intentando quitar importancia al asunto.

-Yo rezaré para que vuelvas pronto -dijo Belma.

-No hay que preocuparse -sonrió Turen-. En todo caso, os haremos una visita clandestina a la Tierra. ¡Ya me habéis hecho entrar en ganas de pasar unos días de vacaciones en Miami!

Veinticuatro horas más tarde se producía la partida de Turen.

Un permiso especial había autorizado a Belma a subir a la superficie para despedir a su hermano, y Lisabet y Bert la acompañaban.

Lo primero que sorprendió a nuestros amigos fue que la oscuridad más absoluta envolvía a Ortón, como si de pronto se hubiese hundido en una larga e intensa noche.

-Esto es algo que no esperaba -comentó Bert.

-Nosotros no tenemos un sol que nos ilumine y, por tanto, no hay día y noche en nuestro planeta -explicó Belma.

-¡Pero yo recuerdo haber visto brillantemente iluminada esta superficie! -exclamó Lisabet.

-Así es -respondió Belma-. Pero el día y la noche lo hacemos a voluntad nuestra.

-¿Quieres decir, artificialmente?

-Sí. La luz que visteis al llegar a Ortón es producida artificialmente. La noche eterna es el estado natural de nuestro pequeño mundo.

Turen los recibió con una sonrisa. Toda la tripulación estaba en el interior del aparato y sólo él quedaba en pie junto a la portezuela de entrada.

Belma lo abrazó y unas lágrimas se escaparon de sus ojos.

-Quiero verte sonreír, hermana -continuó Turen-. ¡Haz honor a la fama

que tienes de ser la mujer más bonita de Ortón!

Belma hizo un esfuerzo y esbozó una sonrisa, enseñando sus maravillosos dientes.

-Eso está mucho mejor -dijo Turen.

Luego se volvió hacia los dos terrestres y les estrechó la mano.

-¡Ojalá pueda estar de regreso para cuando partáis! -exclamó-. Me gustaría ser yo quien os devolviese a la Tierra.

-Nada nos complacería más, Turen -contestó Bert.

Un grupo de hombres se aproximó al aparato y todos ellos estrecharon la mano de Turen.

Al frente de aquel grupo iba el anciano Ulbis, perteneciente al Consejo y jefe de las fuerzas militares de Ortón.

Durante unos minutos estuvo hablando con Turen en la lengua de ambos y luego lo abrazó con dignidad marcial.

-Hasta pronto -dijo Turen volviéndose a nuestros amigos.

Poco tiempo más tarde, la astronave emprendía el vuelo silenciosamente.

Belma se había refugiado en los brazos de Lisabet y lloraba silenciosamente, mientras la muchacha intentaba consolarla con dulces palabras.

-Turen es un hombre que sabe donde tiene la cabeza, Belma. Verás qué alegría, cuando salgas a recibirle a su regreso.

Bert había perdido de vista el aparato pero continuaba con los ojos fijos en el cielo oscuro, como fascinado por la inmensidad del Universo que se mostraba ante él.

Una voz a su lado le sacó de su abstracción. Era Ulbis, el estratega de Ortón.

-En breve resolveremos el problema de ustedes -dijo.

Bert bajó la voz y le hizo una audaz pregunta.

-¿Es muy arriesgada la empresa que ha emprendido Turen?

El anciano se detuvo unos segundos antes de contestar.

-Lo es, ciertamente. Pero Turen es uno de nuestros mejores hombres. Arrojado, inteligente, de una gran sangre fría. Tiene pocas probabilidades de triunfar en su empresa, pero otro hombre que no fuera él tendría menos todavía.

En aquel momento se acercaban Lisabet y Belma, y el estratega Ulbis cambió de conversación.

-Dentro de una hora les enviaré a uno de mis ayudantes para que les diga lo que hay que hacer para la preparación de su viaje. Antes de una semana habrán partido.

El anciano se reunió con los hombres de su comitiva y se alejó en dirección al túnel que le conduciría de nuevo a la ciudad sepultada.

Bert y las dos mujeres continuaron algunos minutos sobre la helada superficie del pequeño planeta que, como una isla en el espacio, flotaba en el inmenso océano del Universo.

CAPÍTULO XIV

Cuatro días más tarde comenzó el maravilloso espectáculo del "deshielo".

Habían sido advertidos de que el "deshielo" se produciría a las cinco en punto y faltaban apenas unos minutos.

-¿Cómo se produce eso, Belma? -preguntó Lisabet.

-Te advierto que yo jamás lo he visto -contestó la hermosa muchacha-. Sólo los hombres de la Guardia Especial y los miembros del Consejo han tenido ese privilegio a través de toda nuestra historia. Hoy es la primera vez que podré observar ese espectáculo.

-Yo tenía entendido que el ciclo duraba ochenta y nueve días -intervino Bert.

-Esa es su duración natural -respondió Belma-. Al cabo de ese tiempo, esas capas inferiores de la atmósfera, actualmente congeladas, vuelven a su primitivo estado físico.

-¿Y han pasado los ochenta y nueve días?

-No, Lisabet. Esta vez se va a proceder de una manera artificial a la gasificación de esa inmensa masa helada que recubre a nuestro planeta.

-Ello quiere decir que se dispone de aparatos para producir a voluntad el "deshielo" -terció Bert.

-Así es. Ahora ya no es peligroso el anhídrido carbónico de nuestra respiración. La medida que se toma está aconsejada por la situación actual. Necesitamos que todas las energías de nuestro pueblo se puedan poner en la balanza para el caso de una agresión de Kaudak.

La conversación continuó por aquellos derroteros, hasta que un pequeño grito de Belma reclamó su atención.

-¡Mirad! ¡Mirad!

Los ojos de los terrestres se dirigieron hacia el exterior y una mezcla de admiración y asombro se apoderó de ellos.

La inmensa capa de materia helada que los rodeaba había comenzado a perder su transparencia y una suave tonalidad color rosa sustituyó la cristalina apariencia del inmenso bloque.

El suave color rosa fue creciendo en intensidad hasta hacerse rojo como la sangre.

El rojo fulgor que se desprendía de aquella masa cristalina penetraba en el interior dé la habitación y daba a sus ocupantes un tinte fantástico.

Unos minutos más tarde, comenzaron a atravesar las rojizas entrañas de aquel mundo unas ondulantes corrientes de tonalidades verdes y azuladas, que parecían ríos luminosos que atravesaran un desierto de color rojo.

-Eso parecen nubes de vapor -comentó Lisabet.

-Al parecer comienza a perder densidad ese inmenso bloque -contestó

Bert.

Las vaporosas y multicolores nubes fueron creciendo en número y tamaño hasta formar una inenarrable sinfonía de color y movimiento que era digno preludio al renacer de un mundo.

De pronto, como si un viento huracanado lo agitase todo, los multicolores cendales de vapor entraron en una agitada actividad, chocando entre sí y entremezclándose, dando lugar a las más extraordinarias gamas y tonalidades.

Aquella confusión que reinaba en el exterior se fue apaciguando y los colores' se difuminaron hasta fundirse todos en un amarillo brillante.

Toda la masa helada había pasado al estado gaseoso. El color amarillo se fue atenuando, la visión se hizo cada vez más perfecta y, por fin, desapareció todo color, quedando ante los ojos de nuestros amigos una atmósfera limpia y transparente.

Los perfiles de la ciudad fueron haciéndose visibles y sus altas torres adquirieron una nueva dimensión al apuntar libremente hacia el cielo.

-¡Ha vuelto a reinar el día sobre la superficie del planeta! -exclamó Lisabet.

-Eso es necesario para devolver la vida a cuantos duermen su sueño invernal en nuestras ciudades -informó Belma-. En esos rayos de luz van las sustancias necesarias para reactivar los organismos. Cuando todos hayan vuelto a la normalidad volveremos a sumergirnos en la noche.

Un nuevo prodigio tenía que producirse ante los asombrados ojos de nuestros amigos.

Aquella luz que flotaba en la atmósfera tenía unas propiedades particularísimas, pues hacía transparentes las paredes de metal amarillo-verdoso de las torres.

De este modo podía verse a aquel pueblo que yacía en lo más hondo de los edificios y que lentamente comenzaba a recobrar su movimiento. Al principio eran gestos vagos e imprecisos, pero no tardaron en comenzar a incorporarse y hasta a ponerse de pie.

-Ahora si que estoy seguro de que nos tomarían por locos en la Tierra si contásemos cuanto acabamos de ver -murmuró Bert-. Me tengo qué pellizcar para comprobar que no estoy soñando.

Una hora más tarde, la ciudad entera había recuperado su ritmo normal y multitud de seres de todas las edades volvían a ocupar su puesto en la vida.

Belma abrió uno de los miradores y un murmullo creciente de vida llegó hasta los oídos de los privilegiados observadores, haciendo que ellos mismos retornasen a un calor humano que los hacía más cordiales y aumentaba su índice vital.

Bert no pudo contenerse y estrechó entre sus brazos a Lisabet.

-¡Te quiero! -le susurró al oído.

-Yo también te quiero a ti, Bert.

Belma contemplaba la escena enternecida y una suave sonrisa iluminaba sus labios.

Lisabet se deshizo del abrazo del hombre y corrió a estrechar entre sus brazos a la hermosa muchacha.

-¡También a ti te queremos, Belma!

-¡Ojalá que el renacer de tu mundo te colme de felicidad! -dijo Bert.

A la mañana siguiente, un ayudante de Ulbis se presentó en la habitación que ocupaba Bert.

-Te ruego que me acompañes -le dijo-. Nuestro jefe desea hablarte.

-Estoy dispuesto. ¿He de ir solo o me acompañará Lisabet?

-Por el momento es suficiente conque vengas tú solo.

Bert siguió al hombre y no tardó en encontrarse frente al viejo Ulbis.

-Ya hemos resuelto el asunto de su traslado a la Tierra -dijo Ulbis-. Dentro de diez horas saldrá el aparato que hará la travesía del Sistema Solar para dejaros de nuevo en vuestro planeta.

-¿Debo guardar el secreto respecto a este viaje?

-Por el momento ése es nuestro deseo. Hace tiempo que pensamos enviar una embajada a la Tierra, pero en la actualidad debemos prestar toda nuestra atención al conflicto que tenemos planteado con Kaudak.

-¿Se tienen noticias de Turen?

El viejo Ulbis dotó a su rostro de un gesto de amargura.

-La misión de Turen ha fracasado -contestó brevemente.

-¿Y Turen?

-Probablemente muerto, junto con todos sus hombres. Esa es nuestra impresión más realista -dijo-. Su última comunicación por radio fue patética. Habían sido descubiertos por nuestros enemigos. Su astronave fue destruida y luchaba contra un fuerte contingente adversario que los tenía rodeados. Cinco hombres de su tripulación estaban muertos y el otro y el mismo Turen heridos. La comunicación quedó interrumpida y ya nada más hemos vuelto a saber de ellos.

-¿Lo sabe ya Belma?

-Aún no. En este momento he enviado a uno de mis ayudantes para que comparezca ante el Consejo. Krieg en persona quiere darle la noticia.

-Lisabet y yo procuraremos llevar algún consuelo al destrozado corazón de la desventurada Belma.

-Quería rogarles que lo hicieran -respondió Ulbis. Turen era el único familiar cercano que le quedaba a Belma.

-Tenga la seguridad de que haremos cuanto podamos.

-Prepárense para marchar dentro de unas horas. Quizás mañana sería demasiado tarde, pues no sabemos si los hombres de Kaudak estarán en

condiciones de lanzar una ofensiva de envergadura sobre nosotros en el plazo de muy pocas horas.

Ya iba a retirarse Bert, cuando se volvió de nuevo hacia Ulbis.

-¿Puedo intentar persuadir a Belma para que nos acompañe en nuestro viaje a la Tierra? -preguntó-. Quizás eso ayudaría a mitigar la herida que acaba de abrirse en su corazón.

-Inténtalo. Si es ése el deseo de la muchacha, la autorizamos para abandonar Ortón. Que decida con plena libertad.

-Gracias -dijo brevemente Bert-. Se lo diré así a Belma.

Poco después volvía hacia el lugar de su residencia.

La superficie de Ortón había quedado nuevamente desierta, debido a una orden del Consejo y la ciudad subterránea estaba llena de vida. Las gentes se movían en todas direcciones, preparándose para la defensa.

Durante varios siglos habían soportado la amenaza de Kaudak, sin que por su parte pensaran en pasar a la ofensiva.

Ahora se veían obligados a aceptar el combate y Bert sabía que lo harían con suprema y viril entereza.

CAPÍTULO XV

Las horas que siguieron fueron de indecible angustia.

Belma había intentado aceptar la situación con entereza, pero no pudo resistir mucho tiempo.

Ni las palabras ni la solicitud de sus amigos terrestres valieron para contener aquel torrente de desesperación que se desbordaba, y Belma cayó en un terrible “shock” que la ponía al borde de la muerte.

Inmediatamente fue trasladada a una institución sanitaria y Lisabet se negó a apartarse de su lado.

Cuando unas horas más tarde fue a buscarla Bert, para apremiarla, ya que se acercaba la hora de la partida, se encontró con una Lisabet desconocida.

-No pienso marcharme, Bert.

-¡Pero qué dices, Liz! No pueden ofrecernos otra oportunidad como ésta. Ulbis me lo ha advertido.

-¡Pero reconoce que nosotros no podemos resolver nada!

-No tiene a nadie a su lado.

-La gente es buena en este planeta. Estoy seguro de que la cuidarán con toda solicitud.

-No son sólo los cuidados físicos los que necesita, Bert. También su corazón necesita cuidados. Quiero estar a su lado para hacer cuanto pueda por ella.

»No lo comprendes, querido Bert. ¿Qué importa que nos encontremos a cientos de millones de kilómetros de nuestro planeta de origen, si es aquí donde tenemos ocasión de poner a prueba nuestros mejores sentimientos? Belma y yo nos comprendemos y nos compenetramos. No debo fallarle en estos momentos de pesadumbre.

Bert quiso contestar, pero no le vinieron las palabras a los labios. También él se encontraba en una encrucijada de emociones y se hallaba confuso y sin saber qué camino tomar.

-Volveré a hablar contigo dentro de una hora -le dijo a su amada-. Espero que entonces hayas tenido suficiente tiempo para reflexionar.

Bert abandonó la habitación y se puso a vagar por la ciudad subterránea. También él necesitaba reflexionar y llevar a su espíritu un equilibrio que le permitiese ponderar la situación desapasionadamente.

Pasado algún tiempo se dio de manos a boca con un hombre sudoroso que lanzó una exclamación al verlo.

-¡Por fin doy con usted!

-¿Qué sucede?

-Me envía Ulbis a buscarle. Acompáñeme.

Bert siguió a aquel hombre y volvió a la presencia de Ulbis.

-Andamos detrás de usted hace casi una hora -le dijo el viejo Ulbis apenas Bert entró en su despacho-. Todo está dispuesto para que partan cuanto antes.

Bert no sabía cómo abordar el problema que le había planteado la decisión de Lisabet. Aquellos hombres tenían demasiadas cosas importantes en que pensar para que Bert se atreviese a importunarles con su asunto.

-¿Cuándo podemos despegar? -preguntó.

-Dentro de treinta minutos -fue la respuesta de Ulbis.

La situación era tan perentoria que no dejaba el más mínimo tiempo para meditar.

Por fortuna, la conversación fue interrumpida por uno de los ayudantes de Ulbis, el cual habló con su superior en la extraña lengua que Bert no conocía.

Sin embargo, hubo un momento en aquella conversación que puso a Bert en guardia. Una de las palabras que había pronunciado el ayudante de Ulbis le era conocida.

Ulbis acabó la consulta con su ayudante y se volvió hacia nuestro amigo.

-¿Está usted decidido, amigo Sterling?

-¿Puedo hacerle una pregunta?

-Hágala.

-En su conversación he escuchado una palabra que me es familiar, aunque no puedo recordarla, ni sé lo que significa.

-Quizás alguna palabra de nuestro idioma que ya ha oído usted varias veces -dijo.

De pronto, Bert, se dio una palmada en la frente.

-¡Ya lo tengo! -dijo en el colmo de su asombro -. ¡Tinker! Esa es la palabra que ha pronunciado su ayudante. ¡Tinker! ¿Me equivoco?

Esta vez fue Ulbis el sorprendido.

-¡Es cierto! Mi ayudante ha pronunciado esa palabra. ¿Qué significa para usted?

-¿Y qué significa en el idioma de Ortón? -preguntó Bert a su vez.

-No significa nada. Precisamente es la clave de un problema que nos preocupa mucho.

-Esa palabra es el apellido de una ilustre familia de científicos de la Tierra.

-¿Está seguro de lo que dice?

-Completamente. Soy íntimo amigo del hijo del profesor Tinker.

Aquellas palabras llenaron a Ulbis de una extraña agitación. Hizo que se despejara su despacho, quedando en él tan sólo tres de sus principales ayudantes.

-El informe Tinker -ordenó a uno de ellos-. Voy a ponerle al corriente de este asunto -dijo-. Escuche con atención.

»En el último mensaje que recibimos de Turen nos hablaba de un tal Tinker. Turen había recibido el informe de labios de uno de sus hombres, al cual había conseguido meter clandestinamente en uno de los organismos rectores de Kaudak. El hombre no supo dar muchos detalles, pero sí advirtió la importancia de un individuo al que llamaban “profesor Tinker”. Al parecer ha conseguido el procedimiento de combinar químicamente cualquier clase de sustancias, modificando a voluntad la estructura eléctrica de las mismas. Ello permite a nuestros enemigos construir armas y astronaves con las cuales atacarnos, sin que sea eficaz contra ellas nuestra barrera de protección. ¿Me ha comprendido usted, Bert?

-Perfectamente.

-¿Cree que puede arrojar alguna luz sobre este asunto?

-Estoy convencido de que el hombre que ha conseguido eso es el profesor Dave Tinker. Uno de los más famosos sabios de la Tierra.

-Le ruego que mida bien sus palabras. De la veracidad de las mismas puede depender el futuro de nuestro pueblo.

-Estoy seguro de lo que digo -confirmó Bert-. Precisamente estaba al corriente de que el profesor Tinker dedicaba todos sus esfuerzos durante estos últimos años a la consecución de ese objetivo. Su hijo Dick me dijo que ya tenía resuelta la parte teórica.

-¿Pero cómo es posible que este científico terrestre trabaje para nuestros enemigos? -preguntó uno de los ayudantes.

-Nuestros informes son que la Tierra desconoce aún la existencia de Ortón y Kaudak -intervino otro.

-Comprendo las dudas que se suscitan -respondió nuestro amigo-, pero creo que las aclararé con unas palabras: el profesor Tinker había desaparecido de la Tierra mucho antes de que yo fuese traído a este planeta.

-Empiezo a creer que se trata del mismo hombre -murmuró Ulbis.

-Yo estoy seguro de ello -insistió Bert-. Puedo dar otra prueba de que fue raptado por los hombres de Kaudak.

-Hable sin rodeos -suplicó Ulbis.

-Sobre la mesa del profesor se encontró un trozo de materia igual a la que constituye este planeta. Yo mismo estaba el día en que fue a devolverla un técnico de los laboratorios de la policía. Tanto este científico como mi amigo Dick estaban asombrados de semejante hallazgo, el cual no sabían como clasificar.

-¿No ha dicho que el profesor Tinker tenía resuelto el asunto “teóricamente”?

-Estoy seguro de que era así.

-¿Entonces cómo explicar la presencia de esa sustancia sobre la mesa

de su despacho? -preguntó uno de los ayudantes de Ulbis.

-¿Es imposible que los hombres de Kaudak pudieran disponer de unas muestras de la misma? -preguntó Bert a su vez.

-Imposible no. Es más, nos consta que disponen de ellas con facilidad. Distintos encuentros entre nuestros hombres y los de Kaudak han dejado en sus manos algunos útiles, armas, etc... construidos con este material -respondió Ulbis.

-Entonces es esa la explicación -repuso Bert-. Enterados de los trabajos del profesor Tinker, los hombres de Kaudak le llevaron una pequeña muestra como señuelo para que trabajase con ellos. La ambición científica del profesor Tinker le debió hacer ceñirse al deseo de estos hombres. Quizás ellos no le dijeron toda la verdad.

-Toda nuestra estrategia se ve modificada por esta revelación -confesó Ulbis-. Nuestra gran esperanza es conseguir hacemos con ese hombre.

-No tenemos mayores referencias de él -dijo uno de los ayudantes-. Quizás Bert Sterling pueda describírnoslo. Ello ayudaría bastante a los hombres que vamos a enviar en una nueva expedición.

-Puedo hacerlo -respondió Bert-, pero ello sería de relativa eficacia para el éxito de la empresa. Pienso hacer algo mejor. Solicito permiso para formar parte de la nueva expedición a Kaudak -dijo-. Yo puedo reconocer al profesor Tinker y esto puede resultar definitivo para el éxito de la empresa.

-Reconozco que es cierto lo que usted acaba de decir, amigo Sterling, pero es mi deber advertirle que la expedición tiene pocas probabilidades de regresar a su base. No sé si debo aceptar su valiente y generoso ofrecimiento.

-Mi decisión es firme y admito cualquier eventualidad que pueda presentarse.

Ulbis se había levantado del sillón que ocupaba y miraba al terrestre con ojos emocionados. Incapaz de pronunciar una sola palabra, se adelantó unos pasos y lo abrazó efusivamente.

-Gracias -dijo con voz opaca a causa de la emoción.

CAPÍTULO XVI

La noticia de la marcha de Bert en la expedición impresionó vivamente a Lisabet, pero la muchacha se abstuvo de intentar disuadirlo.

-Un hombre debe seguir los impulsos que su corazón le dicta -le había dicho-. Nada me consolará si te pierdo, pero no quiero conservarte si ello ha de ponerte en conflicto contra tu conciencia durante toda la vida.

-Eres la mujer más maravillosa que existe en el Universo -contestó Bert-. ¡Cuánto tiempo he perdido teniéndote a mi lado y sin percatarme de que mi destino era unirme a ti para siempre!

Bert se dirigió hacia la astronave que esperaba, sin tener el valor de volver la cabeza ni una sola vez.

Ahora navegaban por las inmensidades siderales y Bert intentaba adaptarse a la misión que se había impuesto y a los hombres que formaban el equipo que tripulaba el aparato.

El jefe de aquel comando sideral apenas si tendría los treinta años cumplidos; se llamaba Grulen y era un mocetón atlético de permanente sonrisa sobre los labios.

Cinco más eran los tripulantes de la astronave, todos ellos elegidos entre los más audaces y valerosos de las fuerzas combatientes de Ortón.

Durante el trayecto, Bert fue impuesto en el plan a seguir.

-Intentaremos el aterrizaje en las proximidades de donde lo hiciera el pobre Turen -explicó Grulen-. Liska, la capital de Kaudak, se encuentra en las cercanías. Uno de los informes de Turen hablaba de nuevos conglomerados de edificios surgidos al oeste de esta ciudad.

-¿Podrían ser las fábricas de los nuevos materiales? -preguntó Bert.

-Mucha suerte tendríamos si así sucediera. Nuestro aparato las podría destruir en un segundo.

-Pero no sabemos a ciencia cierta si se trata de esas fábricas o no.

-Prepararemos un plan que nos permita actuar sobre seguro.

-Lo mejor será dividir nuestras fuerzas en dos bandos. Uno de ellos se dirigirá a la ciudad para ver qué puede descubrir. El otro hará un reconocimiento a esas instalaciones. Podemos reunimos en un punto convenido y obrar en consecuencia, a la vista de los informes que hayamos podido recoger.

-Convengo en que ése es, sobre poco más o menos el plan a seguir. Sólo propongo alguna variante.

-Escucho.

-En el aparato llevamos unos explosivos del volumen aproximado de una esfera de cinco centímetros de diámetro, pero capaces de hacer saltar por los aires una ciudad entera. Todos nosotros iremos dotados con esas cargas. Si tenemos la suerte de encontrarnos con las instalaciones que

buscamos, las haremos saltar sin esperar a reunimos.

-De acuerdo -respondió Bert-. Pero se me ocurre hacer una pregunta: ¿Cómo, disponiendo de semejante arma, teméis la agresión de Kaudak?

-La razón más importante es que no disponemos más que de media docena de semejantes explosivos. Conseguir una esfera de esas cuesta años de trabajo.

Grulen dirigía la marcha del aparato y sus hombres obedecían con precisión matemática sus instrucciones.

Al cabo de algún tiempo se acercó a Bert y le indicó una pantalla iluminada que estaba adosada a una de las paredes de la cabina de pilotaje.

-¿Ves esa aguja que se mueve lentamente hacia un punto rojo?

-El punto rojo es la posición espacial de Kaudak. El movimiento de la aguja quiere decir que ya estamos en sus proximidades. Cuando la aguja coincida con el punto rojo estaremos volando sobre la superficie de ese maldito planeta.

-¿Falta mucho para eso?

Grulen miró su reloj.

-Alrededor de veinte minutos

Bert había soportado pacientemente el tiempo que duraba aquel vuelo, pero aquellos veinte minutos le parecieron una eternidad.

-Ya volamos sobre Kaudak -informó Grulen en el momento preciso-. Derivación cero dos en el segundo cuadrante.

-Ese es el punto en que aterrizó Turen -informó el jefe de la expedición-. Lo hemos elegido porque esperamos que nuestros enemigos no nos consideren tan locos como para aterrizar dos veces en el mismo sitio.

-Espero que nuestros adversarios sean lo bastante inteligentes para razonar como tú piensas -sonrió Bert.

-La ventaja que tenemos es que tampoco en Kaudak hay luz natural. Nuestros enemigos han tomado sus precauciones y permanecen sumidos en la oscuridad. De ese modo podremos movernos más fácilmente.

-¿Y no es posible que detecten nuestro aparato con sus instrumentos?

-No es posible. Los materiales de que está construido dejan pasar a través de él cualquier clase de ondas. La única manera de localizarnos es por visión directa.

-Volamos sobre el segundo cuadrante en el punto clave -informó el piloto.

-Pon el piloto automático y lanza ondas de choque para acertar exactamente en el sitio donde debemos aterrizar.

El piloto hizo lo que se le indicaba y Grulen se inclinó con atención sobre los instrumentos indicadores.

-Sólo por medio del piloto automático es posible aterrizar donde

queremos -le dijo a Bert.

-Estamos en el punto exacto. Variación de noventa grados sobre la vertical.

El piloto asió los mandos y el aparato comenzó a elevarse de proa hasta que pareció que los hombres estaban acostados en sus asientos.

-Ahora deja solo al piloto automático, Koger.

-¿Dónde aterrizamos? -preguntó Bert?

-Vamos a hacerlo en el fondo de un pequeño cráter. El sitio resulta ideal para esconder el aparato mientras desembarcamos y también para que Koger pueda esperarnos durante una hora cuando regrese a recogemos.

Unos minutos más tarde sentían un pequeño choque y la astronave quedó inmóvil.

-Oídme bien -dijo Grulen-. Nos vamos a dividir en dos grupos. Uno lo comandaré yo y formará en él Remer y Silka. El otro estará a las órdenes de Bert e irán con él Korba y Taumo.

-¿Cuáles serán nuestros respectivos objetivos cuando nos separemos? -preguntó Bert.

-Mi grupo se dirigirá a la capital, pues no es la primera vez que hacemos una incursión en Liska y conocemos el terreno. Vosotros os dirigiréis hacia esas construcciones nuevas.

-De acuerdo. ¿Cuándo nos reuniremos?

-Tan pronto como hayamos salido del cráter despegará Koger y volverá a recogernos. Lo intentará en dos ocasiones. La primera dentro de diez horas. Si no estamos entonces en el lugar de la cita volverá cinco horas más tarde.

El mismo Koger tomó en sus manos unas pequeñas brújulas y las fue entregando a todos.

.-Para el caso de que cualquiera se perdiera y no supiera regresar -dijo-, este aparatito será muy útil. Se trata de una brújula de polo variable. Nuestra astronave emite una onda específica que sólo pueden captar estas brújulas. La aguja indica en todo momento la posición de nuestro aparato. Basta una ligera ojeada para saber cuál es el camino que debe emprenderse. Si en algún momento la aguja marca el punto cero, quiere significar que nuestra astronave ha sido destruida. Entonces...

La frase quedó sin terminar, pero todos comprendieron qué era lo que quería decir.

-Vamos a salir -ordenó Grulen.

Se abrió una escotilla lateral situada en la misma popa del aparato y no tardaron en respirar el aire fresco de la noche.

Una difusa claridad que provenía de la atmósfera misma hacia vagamente visible el paisaje. Bert observó a la primera ojeada que se trataba de un terreno abrupto donde, aunque no había grandes alturas, mil

accidentes del terreno tenían que hacer difícil la marcha.

Durante unos segundos permanecieron en actitud expectante, intentando descubrir con penetrante mirada la presencia de algún enemigo.

Al fin se decidieron a emprender la marcha, pero antes Grulen los reunió a todos.

De una pequeña bolsa que llevaba colgada a su cinturón extrajo las pequeñas esferas de que les había hablado y las fue deslizando a las manos de sus compañeros.

-Basta hundir con el dedo este círculo amarillo que se ve aquí -dijo señalando el sitio- para que se produzca la explosión. Sólo debemos utilizarlas en caso de encontrar las instalaciones donde los hombres de Kaudak producen el nuevo material, ¿entendido?

Todos dieron su conformidad y se estrecharon las manos mutuamente.

Los dos grupos se separaron y comenzaron a descender por dos vertientes opuestas.

Cuando Bert y los suyos llegaron al pie del montículo escucharon un suave silbido y dirigieron sus ojos hacia las alturas. La astronave que los había conducido hasta allí había emprendido el vuelo y pronto se perdió en la noche, que reinaba eternamente en aquel paraje del Universo.

-Esas instalaciones están a unas diez millas de aquí -dijo Korba-. Tendremos que marchar a buen paso si queremos cumplir nuestra misión en el tiempo previsto.

CAPÍTULO XVII

Al igual que en Ortón, Kaudak tenía algunos núcleos urbanos y lo demás estaba despoblado. Eran dos planetas-isla, de poca extensión y escaso número de habitantes, sin que por ello dejaran de ser dos mundos, habida cuenta de la relatividad de las cosas.

Fue cuando llevarían recorrido la mitad del camino cuando Korba se detuvo y levantó una mano para advertir a sus compañeros.

Bert y Taumo se pusieron a su lado en un par de segundos y Korba señaló con el brazo extendido hacia un punto situado delante de él.

Bert aguzó la mirada y pudo distinguir una furtiva forma que se movía entre las irregularidades del terreno.

-Aplastémonos contra el suelo -dijo.

Tomada esta precaución, se empinó un tanto sobre los codos y localizó nuevamente la silueta del desconocido. Se trataba de un solo hombre y parecía proceder con extremada cautela.

-Vosotros dos -ordenó Bert- daréis un rodeo y avanzaréis por los lados, yo lo haré de frente. Hemos de intentar coger a ese individuo.

-Poneos en marcha -ordenó Bert con un soplo de voz.

Sus dos compañeros comenzaron a alejarse hacia ambos lados, para describir luego una curva y venir a caer sobre el punto donde se movía el desconocido.

Bert comenzó a arrastrarse sobre los codos y las rodillas, insensible a las pequeñas heridas que le producía aquella tierra acerada y de afiladas aristas.

El punto hacia el cual se dirigía estaba situado a unos ciento cincuenta metros y ya había avanzado más de la mitad cuando por su flanco izquierdo alguien cayó sobre él con la elasticidad y el silencio de una pantera.

Bert sufrió un fuerte golpe en la cabeza, por un segundo quedó aturdido y su adversario levantó de nuevo el brazo armado. Por fortuna, consiguió protegerse con el brazo a manera de escudo y el golpe fue desviado, viniendo a recibirlo en el pecho.

Reunió todas sus fuerzas y consiguió asestar un rodillazo al estómago de su enemigo, haciéndole rodar por el suelo.

Aquel momentáneo descanso le sirvió para recuperarse de la primera embestida y cuando su contrincante volvió a la carga ya había conseguido ponerse de pie.

El nuevo choque ya estuvo más nivelado. Bert recibió dos fuertes puñetazos en el tórax, pero consiguió conectarle un directo a la mandíbula, haciéndole retroceder aturdido.

Aprovechó la ocasión y saltó sobre él, atenazándole el cuello con una poderosa llave de judo.

Mientras tanto, Korba y Taumo habían llegado al sitio convenido y se sorprendieron al no encontrar a nadie. Con gran cautela comenzaron a retroceder y Bert oyó el suave roce de sus cuerpos contra el suelo.

-¡Aquí! ¡Estoy aquí! -dijo con un susurro.

Orientados por la voz del terrestre, los dos habitantes de Ortón consiguieron llegar a su lado.

-He cogido a nuestro hombre -informó Bert-. Amordazadlo y atadle las manos. Yo seguiré presionando su cuello hasta que lo hayáis hecho.

Los dos hombres se inclinaron sobre el patético grupo y Taumo lanzó una exclamación.

-¡Orgk! ¡Es Orgk!

Korba miró con atención al prisionero y confirmó las palabras de su compañero.

-Sí, es Orgk. Pertenece a la tripulación del aparato de Turen.

-No temas nada, Orgk -dijo cariñosamente Korba-. ¿No me conoces? Soy Korba. Todo ha sido un error.

-¡Korba! ¡Taumo! -exclamó con voz débil.

Durante unos segundos hablaron en su extraño idioma y le explicaron brevemente la situación. Luego reanudaron la conversación en inglés para que Bert pudiera participar en ella.

-¿Te iban siguiendo? -preguntó nuestro amigo.

-No han dejado de seguirnos durante estos días -contestó Orgk.

-¿Seguiros dices?

-Sí. Turen y yo conseguimos escapar del- cerco que nos habían hecho.

-¿Y dónde está Turen?

-No lo sé. De común acuerdo tomamos caminos diferentes. Turen está herido, igual que yo.

Al decir esto, Orgk abrió la pechera de su traje de vuelo y mostró una horrible llaga que le cruzaba el pecho.

-Ya no puedo más de dolor -murmuró-. Al ver que alguien me seguía me dispuse a vender cara mi vida, pero estoy al borde de mis fuerzas.

Taumo sacó un tubo y extendió sobre la llaga una pomada de color violeta. Casi instantáneamente desapareció el gesto de dolor de su rostro y miró a sus compañeros, agradecido.

-Ahora te sentirás más tranquilo, Orgk. Toma estas cápsulas y te encontrarás perfectamente.

El herido hizo lo que se le indicaba y Bert se asombró al ver el maravilloso efecto que tenían aquellas cápsulas.

Orgk comenzó a reanimarse y pocos minutos más tarde estaba en condiciones de valerse por sí mismo.

-Te durarán los efectos ocho o diez horas. Es tiempo más que suficiente para que alcances nuestra base de operaciones.

-Ahora ya no sé dónde me encuentro. Estos días de constante zozobra han acabado por desorientarme.

-Hemos aterrizado en el mismo sitio en que lo hicisteis vosotros -dijo Korba-. Toma esta brújula de polo variable y ella te conducirá hasta el mismo. Koger hará dos aterrizajes; hazle notar tu presencia y espéranos en el interior de la astronave.

-Antes de que partas quiero hacerte unas preguntas -intervino Bert-. ¿Qué sabes de ese complejo industrial que se levanta al Oeste de Liska?

-Turen y yo tuvimos ocasión de echarle una ojeada. Es allí donde se produce el nuevo material con el que estos hombres están fabricando sus armas y sus naves. Por el momento es poca la producción, pero no tardarán en aumentarla.

-¿Qué más sabes de ese asunto?

-Un hombre de baja estatura y barba rojiza es el que dirige todos los trabajos.

-¡Ese es Tinker! -exclamó Bert-. La descripción coincide exactamente con su persona.

-Turen y yo fuimos descubiertos cuando quisimos apoderarnos de ese personaje. Desde aquel momento ya no tuvimos un momento de reposo. Os advierto que las nuevas fábricas están muy vigiladas. Os será imposible penetrar en ellas. Los trabajadores son los que van vestidos con traje aislante color verde. La guardia lleva el uniforme de las fuerzas de Kaudak.

-Tendremos en cuenta estos detalles -respondió Bert-. Ahora ponte en camino.

Un minuto más tarde se alejaba el valeroso Orgk, conducido por la pequeña e ingeniosa brújula que llevaba en su muñeca.

-Dos horas más de marcha y daremos vista a esas instalaciones -dijo Korba-. ¿Qué plan debemos seguir?

-Por el momento salvaremos la distancia que nos separa de ese lugar. Una vez sobre el terreno veremos qué es lo que más nos conviene hacer.

CAPÍTULO XVIII

Los tres hombres contemplaban desde un pequeño altozano las modernas instalaciones que ocupaban parte de un pequeño valle, encajonado entre dos hileras de regulares elevaciones, el lugar se veía custodiado por una fuerte guardia de hombres armados.

Bert se devanaba el seso buscando la manera de penetrar en aquella fortaleza, cosa que se presentaba extremadamente difícil.

Un plan se iba esbozando en la mente de nuestro amigo y estaba dispuesto a llevarlo adelante, a pesar del riesgo que suponía.

-El movimiento de los obreros es incesante, como podéis ver. Creo observar que los equipos se relevan casi de una manera continua.

-¿Y en qué nos favorece eso? -preguntó Korba.

Bert no contestó en el acto, pero sus ojos miraban con atención hacia la entrada de aquel conjunto de edificios.

-Mirad. ¿Veis aquellos dos hombres que acaban de salir?

-Sí - respondieron al unísono los combatientes de Ortón.

-Parece que se alejan bastante de las instalaciones.

-Deben dirigirse a ese edificio aislado que se ve a la derecha.

-Esa es nuestra oportunidad -dijo Bert-. Hemos de intentar apoderarnos de ellos.

-Dos de nosotros podríamos ponernos sus trajes aislantes y penetrar en ese conjunto. ¿Qué os parece?

-El plan es muy audaz -respondió Taumo-, pero podría tener éxito.

Durante un par de minutos observaron la marcha de aquellos hombres y vieron que, en efecto, se dirigían a un pequeño edificio, un tanto alejado de los otros.

-Pongamos mano a la obra sin perder un segundo -dijo Korba.

Con gran sigilo comenzaron a moverse en la dirección que les interesaba, procurando confundirse con las sombras que envolvían aquellos lugares.

Cuando llegaron al lugar donde habían previsto que asaltarían a los dos hombres, pudieron ver que éstos habían acelerado el paso y se encontraban ya cerca del edificio al cual se encaminaban.

-¡No nos acompaña la suerte! -rezongó en voz baja Bert.

Durante unos segundos permanecieron sin pronunciar palabra y sin saber qué hacer.

Fue Taumo el que los sacó de su abstracción.

-¡Mirad! ¡Vuelven hacia aquí!

En efecto, los dos trabajadores regresaban por el mismo camino, llevando en sus manos unas cajas metálicas de regulares proporciones.

-¡Esta es nuestra oportunidad, amigos! Debemos caer sobre ellos y

ponerlos fuera de combate antes de que puedan dar la voz de alarma.

En un segundo se ocultaron a ambos lados del camino por el que habían de pasar los dos hombres y esperaron. Éstos venían confiados y hablaban entre sí con naturalidad.

Cuando estuvieron a la altura conveniente Bert hizo una seña a sus amigos y los tres saltaron al unísono sobre sus presas.

Pillados por sorpresa, los dos hombres hicieron poca resistencia.

Bert consiguió poner fuera de combate al suyo, asestándole un fuerte golpe en la nuca. Al mismo tiempo, Korba y Taumo se desembarazaban del otro con gran rapidez.

-Quitadles los trajes -ordenó.

Un minuto más tarde estaba cumplida su orden.

-Uno de vosotros ha de venir conmigo.

-El traje me vendrá mejor a mí -dijo Taumo-. Korba es demasiado corpulento.

-Decidido. Póntelo.

Bert y Taumo se enfundaron los verdes trajes aislantes en un abrir y cerrar de ojos y echaron sobre sus hombros las cajas.

-Tú encárgate de esos hombres, Korba. Espero que estemos de vuelta antes de una hora... o nunca.

-Os esperaré. Si no regresáis obraré por mi cuenta -dijo, acariciando la pequeña esfera explosiva que llevaba en uno de sus bolsillos.

Bert y Taumo se pusieron en camino, no sin que antes Taumo deslizase en un bolsillo, la extraña arma que le ofreciera a Bert en una ocasión.

Pocos minutos más tarde se aproximaban a la puerta de entrada que daba acceso a las instalaciones.

Tuvieron que hacer un gran esfuerzo para dominar sus nervios en el momento de pasar por delante de la guardia, constituida por seis hombres armados hasta los dientes.

Varios miles de obreros trabajaban en aquel conjunto industrial y no era difícil pasar inadvertidos.

-Nuestro primer objetivo ha sido cubierto -suspiró Bert-. Ahora debemos localizar al profesor Tinker, si es que se encuentra aquí.

-Si alguien te dirige la palabra hazte el sordo -recomendó Taumo-. Ya contestaré yo lo que sea.

La advertencia no era inútil. Poco después los detuvo un hombre de fruncido ceño y les dirigió la palabra con cierta violencia.

Taumo le contestó con humilde acento y aunque Bert no entendía nada de la conversación le pareció que su compañero trataba de disculparse. Miró a todos lados, calculando la posibilidad de saltar sobre aquel tipo si las cosas se ponían peor, pero, afortunadamente, el incidente no tuvo consecuencias y continuaron su camino.

-¿Qué sucedía? -preguntó Bert una vez se hubieron alejado un trecho de aquel lugar.

-Ese individuo es un capataz. Ha reconocido las cajas que llevamos y se ha sorprendido de que las trajéramos por aquí. Al parecer, pertenecen a otra sección. Le he dicho que quería ver si me encontraba con mi hermano que trabaja en la sección ésta. Me ha enviado al diablo y eso ha sido todo.

Durante un buen rato estuvieron vagando por aquellos parajes sin que consiguieran dar con una pista que los condujera hasta el profesor.

-Me parece que esto es como buscar una aguja en un pajar -comentó Bert.

De pronto, Taumo se detuvo y murmuró mordiendo las palabras:

-¡El hombre de la barba roja!

A Bert le dio un vuelco el corazón. Siguió con sus ojos la dirección de la mirada de su compañero y vio que un hombre, de regular estatura y barba rojiza, salía de una de las grandes naves y se dirigía con paso cansino hacia un pequeño edificio, en cuya puerta había dos hombres armados.

-¡Esta es nuestra ocasión! -murmuró en voz baja-. Tenemos que jugárnoslo todo a una sola carta.

Procurando no aparentar ninguna precipitación continuaron su marcha, avanzando en sentido diagonal hacia el hombre de la barba roja, el cual iba abstraído en la contemplación de unos papeles que llevaba en sus manos.

La distancia que lo separaba del pequeño edificio no era mucha y Bert no tuvo más remedio que acelerar el paso para ponerse a las espaldas de aquel hombre.

El profesor no se había dado cuenta de la maniobré y seguía abstraído en la lectura de aquellos papeles.

-¡Por lo que más quiera, disimule, profesor Tinker! -dijo Bert suavemente y en inglés.

El profesor tuvo un movimiento de sorpresa que consiguió cortar casi en el acto, pareciendo que había dado un traspiés.

-Deténgase con naturalidad y hable con nosotros.

Los dos hombres que estaban de guardia a la puerta del edificio miraban hacia el grupo de hombres sin sospechar nada.

El profesor se detuvo y se volvió hacia los dos hombres que le seguían. Su cara había palidecido por la emoción, pues creía haber reconocido la voz que le hablara.

-¡Disimule, profesor, por favor!

-¡Pero, Bert; muchacho! -exclamó el científico sordamente.

-Hable con naturalidad, profesor. Los hombres de la guardia nos están mirando.

El profesor Tinker hizo un gran esfuerzo por dominarse, aunque no consiguió eliminar la palidez que invadía su rostro.

-No sé si estoy soñando o despierto -murmuró-. ¿Cómo es posible que te encuentre aquí? ¿Acaso también os han raptado a ti y a Dick?

-Estoy yo solo, profesor. ¿No podríamos hablar con usted lejos de la mirada de esos dos guardianes?

-Seguidme y no os sorprendáis de nada.

El profesor hizo un signo ostensible de que le siguieran los dos hombres, para que los dos individuos que estaban de guardia se percatasen de ello.

Con paso firme se dirigió hacia el pequeño edificio y pasaron entre los dos guardianes con aire despreocupado.

Un minuto más tarde, después de haber atravesado varias dependencias llenas de gente, se sentaban en el despacho del sabio.

-No comprendo qué es lo que pasa, Bert. ¡Jamás pensé que pudiera encontrarte aquí!

-Tenemos muy poco tiempo y he de ser breve, profesor. No me interrumpa y le haré una breve reseña de los acontecimientos.

Con palabra rápida y amortiguado tono, para evitar que alguien pudiera oírle expresarse en un idioma extraño a Kaudak, hizo al profesor un relato de cuanto le había sucedido en los últimos tiempos.

-¡Algo de esto me imaginaba! -exclamó el profesor cuando Bert hubo terminado-. Tenía la impresión de que estos hombres no hacían juego limpio. Al principio creí que necesitaban esos materiales para desarrollar su civilización, pero no tardé en darme cuenta de que había algún misterio que yo no comprendía.

-¿Cómo vino usted aquí?

-Recibí una visita en la Tierra. Me mostraron un trozo de material que tenía las características de lo que yo buscaba con mis investigaciones. Me dijeron que se trataba de un trabajo del Gobierno de los Estados Unidos, altamente secreto. Yo los seguí. Luego me narcotizaron y me desperté a bordo de una asombrosa nave del espacio. Aún no estoy muy seguro de que todo esto no sea un sueño. Cuando estuve aquí no tuve más remedio que ponerme a la tarea. Aquel trozo de material no era producto de estos hombres. Pusieron a mi disposición formidables medios, que no podía ni haber soñado cuando estaba en la Tierra. Mis trabajos teóricos se cristalizaron en una realidad y comenzamos a fabricar el material ese. Esta es la asombrosa historia, Bert.

-Pues ahora que conoce los hechos, ¿de qué parte está, profesor?

Tinker no vaciló ni un segundo.

-¿De cuál he de estar, hijo mío? ¡Cuenta conmigo! ¡Esos hombres de Ortón, de los que me has hablado, comienzan a serme simpáticos!

-Entonces, no perdamos tiempo y abandonemos este lugar.

Los tres hombres salieron del despacho y se encaminaron con paso

tranquilo hacia la puerta de salida.

La tensión era enorme, pero procuraban dominar su ansiedad para no delatarse.

El profesor era conocido y nadie puso el menor obstáculo a su marcha.

Cuando llegaron a la puerta fue el momento más crítico.

Ya habían conseguido salvar el obstáculo de la guardia, cuando vieron venir hacia ellos a un hombre semidesnudo, el cual lanzó un grito al verlos.

Un delgado e intenso rayo luminoso surgió de la oscuridad a las espaldas de aquel individuo y vino a chocar contra él. En un segundo pareció arder como una antorcha humana y se volatilizó en el aire.

Los hombres de la guardia, puestos sobre aviso por los gritos de la infeliz víctima, intentaron hacer uso de sus armas, pero Taumo fue más rápido y el haz luminoso de su pistola los barrió con la celeridad de un relámpago.

-¡Corramos! -ordenó Bert.

En loca carrera se lanzaron hacia el lugar donde habían dejado a Korba y sus dos prisioneros.

Al volver un recodo se encontraron a su compañero, apostado tras una protuberancia y con su pistola apuntando hacia la entrada del complejo industrial.

-¡Korba! -exclamó Bert.

El hombre los miró y una amarga sonrisa se dibujó en sus labios.

-Esos granujas consiguieron sorprenderme -dijo con voz desfallecida. Luché con ellos, pero uno de ellos consiguió escapar.

Bert miró a su alrededor y pudo ver al otro prisionero, que yacía muerto en el suelo.

Un hilillo de sangre salía por las comisuras de los labios de Korba y una palidez mortal iluminaba su semblante.

Bert quiso inspeccionar sus heridas, pero Korba lo rechazó con un gesto.

-Es inútil, Bert. Me han hundido el pecho, golpeándome con una gran roca. Marchaos vosotros cuanto antes.

-Tú vienes con nosotros. Te llevaremos a cuestas.

-Es imposible, Bert -respondió con gran dificultad el valeroso Korba-. En cuanto me mueva me sobrevendrá la muerte.

-¡Pero no podemos dejarte!

-Debéis hacerlo... y pronto. Veo que lleváis con vosotros... ¿Es el profesor... Tinker?

-Sí, Korba -respondió Bert con voz emocionada.

-Nuestra misión... está a punto de... triunfar. Marchaos. Esto puede salvar a... Ortón de la guerra.

Bert no sabía qué decisión tomar.

En aquel momento llegó hasta ellos un rumor que los hizo ponerse sobre aviso. La ciudad se había puesto en pie de alarma y no tardarían en dar una batida.

-No perdáis un solo segundo -dijo Korba-. Yo... os cubriré... la retirada.

-Korba tiene razón -intervino Taumo-. ¡Debemos cumplir la misión que se nos ha confiado!

-Está bien, vamos -decidió Bert.

En aquel momento salían algunos hombres de la guardia y Korba los barrió con el mortífero rayo de su pistola.

-¡En marcha! -ordenó Bert.

Lanzó una última mirada al herido y Korba le dirigió una débil sonrisa.

A sus espaldas se producían incesantemente los relámpagos, indicadores de la lucha a muerte que se había entablado.

Durante más de media hora caminaron a toda la velocidad que les permitía el abrupto terreno.

De pronto, una tremenda explosión sacudió el aire que los rodeaba.

La tierra tembló bajo sus pies y estuvieron muy cerca de ser derribados al suelo.

Bert se volvió un instante y vio cómo una tremenda llamarada se elevaba al cielo, iluminando con fantástico tinte una gran extensión.

-¡Korba ha hecho estallar la carga explosiva de la esfera¡ -exclamó Taumo.

-Dios tiene un sitio reservado para los hombres como él -dijo Bert, luchando desesperadamente por contener las lágrimas que pugnaban por brotar de sus ojos.

* * *

Cuando llegaron al cráter se encontraron con que Grulen y los suyos estaban ya esperando.

-¿Y Korba? -preguntó el jefe de la expedición.

-Ha muerto -contestó brevemente Bert-. Gracias a él hemos podido cubrir nuestro objetivo.

Un estremecimiento sacudió a aquellos bravos hombres.

-Nosotros también tuvimos un encuentro -dijo Grulen al cabo de un minuto-. Remer está herido.

Efectivamente, el hombre estaba en el suelo y mostraba un rictus de dolor en su rostro.

-No me gustaría quedarme aquí -dijo haciendo un esfuerzo.

Tinker miraba a aquellos hombres con ojos emocionados y se sentía incapaz de pronunciar una sola palabra. Estaba completamente agotado y sólo un poderoso esfuerzo de su voluntad le hacía mantenerse en pie.

-¿Y nuestra astronave? -preguntó Bert.

-Ya hace cuatro horas que debió hacer el primer aterrizaje -contestó Grulen-. Espero que vuelva por segunda vez.

Bert jamás olvidaría aquella larga hora de espera, bajo la constante amenaza de ser descubiertos por los hombres de Kaudak. Por fin vino la astronave que pilotaba Koger y no tardaron en encontrarse en el interior de la misma.

-¡Gracias a Dios que estáis todos aquí! -exclamó Koger jubiloso.

-Todos no -dijo Grulen-. Korba ha muerto.

-Despega cuanto antes -ordenó Grulen.

-Tendremos que tener mucho cuidado, pues los aparatos de estos condenados están alerta y vigilan el cielo de Kaudak.

-Si nos encontramos con ellos les daremos recuerdos de Korba -dijo con reconcentrada voz Taumo.

Koger maniobró en los mandos y la nave del espacio salió disparada hacia las alturas.

-Un poco más de suerte y habremos ganado la partida -dijo Silka.

De un departamento lateral salió un hombre, en quien Bert reconoció a Orgk.

-¿Cómo va eso? -le preguntó nuestro amigo.

-El volver hacia casa me sienta mejor que todos los ungüentos -rió el hombre.

-Me alegro de que así sea -sonrió Bert.

-Pasa aquí dentro. Tengo una sorpresa para ti.

A Bert le sorprendió la invitación de aquel hombre, pero le siguió a la cabina de la cual lo había visto salir.

Apenas entró en ella vio a un hombre sin conocimiento acostado en una de las literas. Tenía la barba crecida de varios días y parecía gravemente enfermo o herido.

A pesar de todo, lo reconoció al instante.

-¡Turen! -exclamó.

-Es él -confirmó Orgk-. Lo encontré cuando me dirigía hacia el cráter. Estaba sin conocimiento y hubiese muerto de no darse esa feliz coincidencia.

-¿Crees que se salvará? -preguntó anhelante Bert.

-Si llegamos a Ortón sin ningún tropiezo estoy seguro de que sí. ¡Es fuerte como una roca!

CAPÍTULO XIX

Dos semanas más tarde, Bert y Lisabet caminaban enlazados por el talle sobre la nuevamente iluminada superficie de Ortón. Un numeroso séquito los acompañaba, entre los que se distinguían a Grulen, Ulbis y Krieg.

Junto a los dos enamorados iba el profesor Tinker, cuyos ojos de investigador tomaban nota de cuantas maravillas veía a su paso.

Una nave del espacio los esperaba a pocos metros de distancia.

Belma y Turen estaban al pie de la misma y una sonrisa de satisfacción iluminaba sus rostros.

El audaz piloto del espacio estaba sentado en una silla de ruedas y su rostro comenzaba a recuperar el color natural.

Cuando llegaron al pie del aparato se detuvieron un instante. Krieg se adelantó y abrazó a los terrestres.

-No os decimos adiós, porque estamos seguros de que volveremos a veros -dijo-. Sois ciudadanos de honor de Ortón y no tardaremos en enviar una embajada a la Tierra, ahora que ya hemos alejado el peligro de un ataque de Kaudak.

La mayor parte de los que componían la comitiva abrazaron a los terrestres, éstos se sentían incapaces de pronunciar una sola palabra a causa de la emoción.

-Todos a vuestros puestos -ordenó Grulen.

Taumo, Remer, Silka, Koger y Orgk subieron a la astronave, pues eran ellos la tripulación que conduciría el aparato encargado dé transportar a la Tierra a nuestros amigos.

Un minuto más tarde subió Grulen.

-Estamos listos para el despegue -dijo.

Lisabet y Bert se acercaron a Belma y Turen.

-No os olvidaremos nunca -dijo Bert con voz enronquecida por la emoción.

-Recordad que nos habéis hecho una promesa -dijo Lisabet.

-La cumpliremos -respondió Belma.

-Estad seguros de ello -intervino Turen-. En cuanto me encuentre repuesto totalmente iremos a haceros una visita. Krieg quiere que sea yo el primer embajador de Ortón en la Tierra. Pienso establecer el domicilio de la embajada en Miami. ¡Veremos si aquello es tan hermoso como tú dices!

Los cuatro amigos se abrazaron estrechamente y Lisabet y Bert subieron a la astronave, donde ya les había precedido el profesor Tinker.

La escotilla se cerró.

-Despegamos -dijo Grulen brevemente.

Unos segundos más tarde salían disparados hacia el espacio infinito.

Ortón se fue alejando, hasta parecer una pequeña isla anclada en medio

del Universo.

-Creo que vale la pena haber vivido esta aventura -murmuró Lisabet.

-Yo he sido el que mejor parte ha sacado -sonrió Bert-. Gracias a ella he podido darme cuenta de cuanto te quiero.

Lisabet miró a su amado y sus labios se fundieron en un apasionado beso de amor.

FIN

ROBERTO ALCAZAR
Y
PEDRIN

LAS AVENTURAS DE UN DETECTIVE
ESPAÑOL Y SU AYUDANTE

son conocidas por todos los buenos catadores de aventuras gráficas.

SI USTED... no las conoce
Y GUSTA DE ESTE TIPO DE PUBLICACION
SE LAS RECOMENDAMOS
si no gusta de esta clase de aventuras
con ilustraciones
RECOMIENDELA

al chico que desee

pues se trata de la colección más

EMOCIONANTE Y SINGULAR DE CUANTAS
SE PUBLICAN EN ESTE GENERO

Creada por

EDITORIAL VALENCIANA

COLECCION
LUCHADORES DEL ESPACIO
ULTIMOS TITULOS PUBLICADOS

95.—¡Ha muerto el Sol!, *George H. White.*
96.—Exilados de la Tierra, *George H. White.*
97.—El imperio milenario, *George H. White.*
98.—Topo-K, *Profesor Hasley.*
99.—El fin de la «Base Titán», *Profesor Hasley.*
100.—Pasaron de la Luna, *C. Aubrey Rice.*
101.—La amenaza tenebrosa, *J. Negri O'Hara.*
102.—El gran fin, *J. Negri O'Hara.*
103.—Intriga en el año 2.000, *Profesor Hasley.*
104.—El extraño Profesor Addington, *Prof. Hasley.*
105.—Sin noticias de Urano, *C. Aubrey Rice.*
106.—Acción inaudita, *C. Aubrey Rice.*
107.—El horror invisible, *Karel Sterling.*
108.—Más allá de Plutón, *Profesor Hasley.*
109.—La revancha de Zamok, *Profesor Hasley.*
110.—Situación desesperada, *C. Aubrey Rice.*
111.—El experimento del Dr. Kellman, *J. N. O'Hara.*
112.—Los habitantes del astro sintético, *Eduardo Teixeira.*
113.—Los muertos atacan, *Profesor Hasley.*
114.—La última batalla, *Profesor Hasley.*
115.—1958: Objetivo Luna, *Karel Sterling.*
116.—La amenaza de Andrómeda, *Robín Carol.*
117.—El silencio de Helión, *Robín Carol.*
118.—Ventana al infinito, *J. Negri O'Hara.*
119.—El Planeta errante, *Karel Sterling.*
120.—Regreso a la patria, *George H. White.*
121.—Lucha a muerte, *George H. White.*
122.—«Cautivos del Espacio», *Joe Bennett.*
123.—Vacío siniestro, *Joe Bennett.*
124.—Detrás del Universo, *Karel Sterling.*
125.—¡Karima!, *Profesor Hasley.*
126.—El bosque petrificado, *Profesor Hasley.*
127.—Energía «Z», *Profesor Hasley.*
128.—Fantasmas siderales, *Karel Sterling.*
129.—El túnel transatlántico, *Profesor Hasley.*
130.—El mundo subterráneo, *Profesor Hasley.*
131.—Entre Marte y Júpiter, *Joe Bennett.*
132.—Separación Asteroidal, *Joe Bennett.*
133.—Náufragos del Universo, *Joe Bennett.*
134.—La isla de otro mundo, *Eduardo Texeira.*
135.—El tiempo desintegrado, *Karel Sterling.*
136.—El conquistador del mundo, *Prof. Hasley.*
137.—El ejército sin alma, *Prof. Hasley.*

138.—Mensajes de muerte, *Karel Sterling.*
139.—Motín robótico, *Joe Bennett.*
140.—Cita en la Luna, *Van S. Smith.*
141.—Misterio en la Antártida, *Larry Winters.*
142.—Cosmoville, *Joe Bennett.*
143.—Ataúdes blancos de Oberón, *Karel Sterling.*
144.—Nosotros los marcianos, *Karel Sterling.*
145.—El doble fatal, *Joe Bennett.*
146.—La ruta perdida, *Karel Sterling.*
147.—Embajador en Venus, *Van S. Smith.*
148.—El astro prohibido, *Joe Bennett.*
149.—Niebla alucinante, *C. Aubrey Rice.*
150.—La hierba del cielo, *Joe Bennett.*
151.—¡Nos han robado la Luna!, *Joe Bennett.*
152.—Rutas ignoradas, *J. Negri O'Hara.*
153.—Un cadáver en el aerolito, *Henry Keystone.*
154.—La Diosa de Venusio, *Joe Bennett.*
155.—Condenados a morir, *Joe Bennett.*
156.—La barrera de las sombras, *A. S. Jacob.*
157.—Las huellas conducen... al infierno, *Van S. Smith.*
158.—El Planeta de nadie, *Henry Keystone.*
159.—Regresaron dos muertos, *Joe Bennett.*
160.—El mundo de los seres condenados, *J. Negri O'Hara.*
161.—El Planeta maldito, *F. Danger.*
162.—Asesino interplanetario, *Henry Keystone.*
163.—Extraños en la Tierra, *Van S. Smith.*
164.—Marionetas humanas, *Vic Adams*
165.—La nave pirata, *Joe Bennett.*
166.—Los aventureros de Júpiter, *Joe Bennett.*
167.—Cuatro a Mercurio, *Peter Kapra.*
168.—Donde empieza el límite, *J. Negri O'Hara.*
169.—La onda invencible, *Joe Bennett.*
170.—Eratom 225, *Prof. Hasley.*
171.—Después de la hora final, *Van S. Smith.*
172.—Bases submarinas, *J. Negri O'Hara.*
173.—Nieblas blancas, *P. Danger.*
174.—Submares de muerte, *Joe Bennett.*
175.—La espacionave del terror, *Joe Bennett.*
176.—Las estrellas amenazan, *Van S. Smith.*
177.—Rebelión en la galaxia, *V. A. Carter.*
178.—El umbral de la Antártida, *P. Danger.*
179.—Los hombres del más allá, *P. Danger.*
180.—Bloqueo en el espacio, *Ray Kualiter.*
181.—La muerte azul, *V. A. Carter.*
182.—Un mensaje en el espacio, *Van S. Smith.*
183.—Viaje hacia la muerte, *Prof. Hasley.*
184.—¡Descohesión!, *P. Danger.*
185.—La nueva raza, *V. A. Carter.*
186.—El extraño viaje del Dr. Main, *Van. S. Smith.*

183

Carl Donovan, agente de Seguridad Estelar adscrito al planeta Tierra, había sido enviado al lejano mundo de Calíope con la misión de descubrir a los traidores que en él se ocultaban. Pero él no sabía que aquella misión se convertiría en un problema de al parecer imposible solución, pero que debía resolverse cuanto antes.

¡DESCOHESION!

Era la frase clave. Donovan sabía que, descubriendo cuál era su papel en el juego, estaría todo resuelto. ¡Pero ni él ni nadie podía imaginarse qué era lo que se escondía tras aquella palabra! ¡Nadie podía creer que todo fuera a la vez tan simple, tan inocente... y tan diabólicamente efectivo!

¡DESCOHESION!

Una nueva novela que usted leerá con interés creciente desde las primeras páginas, para extasiarse con su sorprendente desenlace. Un nuevo título del ya conocido escritor

P. DANGER

que próximamente le ofrecerá la inigualable

Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA. *Precio:* **6** *pesetas.*

Notas

[←1]

Angstrom: unidad con que se mide la longitud de onda.